El lago en las pupilas

LUIS GOYTISOLO

Nuevos Tiempos **Siruela**

LUIS GOYTISOLO

El lago en las pupilas

Siruela

Luis Goytisolo

El lago en las pupilas

Siruela Nuevos Tiempos

Índice

El lago en las pupilas

I GLORIA
Paseantes
Melting point
Obertura
El Ateneo y El Casino
Las aguas del Herbolario

II RICHARD
Cambiar de tema
Normalidad
Carlitos
Titulares
El Alarde
Hacerlo todo
Entre lo conocido y lo soñado
La granja
Vete tú a saber por qué

III EL MORO
www
Tirantes rojos
Para todos los gustos
Tomarse con calma el exilio
Incursiones

IV MARCEL
Puntos de vista
Cumbres paralelas
Jubilación viene de júbilo
Mejor a solas
El Susto
Sudoku

El anonimato
La doncella

Créditos

El lago en las pupilas

I

Gloria

Paseantes

–¿Qué le voy a contar a Vd. que no sepa? Pasear a lo largo de la orilla contemplando el entorno reflejado en el lago, un entorno ajardinado que no hace sino dar realce al suntuoso empaque de los edificios; dejar atrás las embarcaciones del pequeño puerto deportivo fijando ya la atención en las montañas circundantes, poco más –en apariencia– que un perfil decorativo que, sin embargo, según nos aproximamos, se revela no menos rico en detalles que la orilla del lago, con sus senderos, sus excursionistas, los prados y las vacas, los bosques, los peñascos, los turistas que contemplan cómo se amplía el panorama según asciende el funicular, el pintor que desde un punto destacado traslada a la tela una imagen del conjunto, el paseante que desde más arriba contempla a ese pintor, ya entre retazos de niebla que aislan las alturas y ensombrecen el lago allá al fondo, de súbito todo como en un paisaje de Caspar David Friedrich que con sus desoladas soledades viene a desbaratar ese Locarno de risueña tarjeta postal. Sólo que para entonces el visitante ya habrá emprendido el regreso, a la que su fino instinto vea peligrar la estampa de Locarno que le ha traído hasta aquí.

Aproximó el azucarero a la taza mientras por encima de las gafas dirigía una mirada a las restantes mesas de una terraza prácticamente vacía, delimitada por jardineras floridas ante la fachada del hotel. Como si lo importante –prosiguió– no fuese lo que esa tarjeta postal que le ha inducido a conocer Locarno muestra, sino lo que oculta, y que sólo puede captar el que sabe mirar con otros ojos, ver lo que hay detrás de esa imagen fijada en una amable fotografía. Lo que silencia ese paisaje, lo que esconde cada uno de sus edificios, lo que anida en el interior de alguno de sus habitantes. Si yo le contase –ya que para mí Locarno es sólo un ejemplo–, si yo fuera capaz de expresar en unas cuantas frases algo que por su amplitud se me hace inabarcable. Hay que ser escritor para atreverse a intentarlo.

Acodado en la mesa, se inclinó hacia delante. El turista, el visitante –dijo–, suele irse convencido de que ya conoce Locarno. Eso sí: aún más satisfecho se iría si creyera que había accedido, que se le había hecho partícipe, de un secreto, de algo que sólo unos pocos privilegiados llegan a conocer, y que, en adelante, se apresuraría a contar a cuantos quisieran oírle. Que en virtud, por ejemplo, de una conjunción de factores –luz, el paso de una nube, la composición del agua– que se dan exclusivamente en esta parte del lago y que crean de una forma espontánea una fórmula similar a la de las primeras fotografías, en algunas piedras del fondo han quedado estampados, a modo de instantáneas, los rasgos de cuantos en determinado momento se hayan asomado a sus

aguas, rasgos en ocasiones de gran valor histórico, desde Julio César a Lenin, pasando por Rousseau o Friedrich, por citar sólo personajes de facciones fácilmente reconocibles. O que desde el fondo del lago, gracias a un caudaloso conducto natural de aguas subterráneas, pueda Vd. salir a mar abierto ante las costas de Sicilia, discurrir bajo los Apeninos hasta desembarcar en las proximidades del Etna; una peculiaridad que bien hubiera podido inspirar a Julio Verne el argumento de *Veinte mil leguas de viaje submarino* o el de *Viaje al centro de la Tierra*. Me refiero a esa tendencia de la gente a creerse las revelaciones más llamativas al tiempo que es incapaz de percibir la verdadera naturaleza del mundo en el que se halla inmerso, de su realidad más cotidiana, cuestiones que ni se le plantean como problema en la medida en que le parecen obvias. Le aseguro que a veces he tenido la tentación de iniciar al turista en los misterios más disparatados. Pero ¿para qué? El visitante atraído por la postal ya de por sí regresa al hogar convencido de que conoce Locarno, sin caer en la cuenta de que, en realidad, lo que conoce es un lugar que se esfuerza en parecerse a la postal, del mismo modo que sus habitantes se esfuerzan en ser como se espera que sean. Un visitante que, por otra parte, no tiene ni idea no ya de quiénes son y cómo son las personas que ocupaban la habitación contigua del hotel, con las que había intercambiado más de un divertido y cómplice saludo al cruzarse en el corredor, sino de cómo es en realidad él mismo.

Atardecía y, en la terraza, las luces que se habían encendido, de forma imperceptible, creaban un ámbito de contornos bien definidos, relegando a un segundo plano la claridad del lago. Me miró brevemente por encima de las gafas para, acto seguido, reorientando el asiento, dirigir la vista a ese paisaje en progresiva esfumación. Me dirá Vd. que eso le pasa a todo el mundo y en todas partes, y así es, dijo. Pero el vacío abierto entre lo que se cree conocer y lo que se desconoce no hace sino acentuarse conforme aumenta el número de postales coleccionadas por el sujeto. El mero hecho de haber estado en Locarno supone ya cierta superioridad de quien lo ha hecho respecto a quien no lo conoce. Claro que ni el uno ni el otro tampoco serán conscientes, cuando por la tarde, ya en casa, saquen a pasear al perro, de que la realidad que perciben poco o nada tiene que ver con la que percibe el perro. Si le hablo así, Dr., es porque sé que puede entenderme, y si le hablo de Locarno es porque los dos vivimos en Lo–carno. Y Locarno es lo que el lenguaje de la publicidad suele calificar de *marco incomparable*, y cuanto más *incomparable* es un lugar, mayor es la distancia que separa lo que ese lugar, pretende ser de lo que realmente es. Me refiero al conocimiento, a ese conocimiento de la realidad, de lo que es la vida, de lo que es uno, que en nuestra sociedad se supone que cada día es más perfecto, cuando es evidente que está sucediendo todo lo contrario: cuanto más facilita el progreso nuestra vida cotidiana, mayor es la tendencia a vivirla no ya como si fuéramos inmortales, sino también como si no hubiera contratiempo sin un fácil remedio. La conciencia de lo que es la vida que tenía una familia campesina de las de antes, pongamos por caso: los trabajos que empezaban y acababan de noche, el resplandor de la chimenea como principal fuente de luz y de calor, en contraste con el helado cobertizo del patio donde hacían sus necesidades. Dormir, trabajar, comer, dormir de nuevo y vuelta a empezar; y el cementerio como montando guardia a las afueras del pueblo.

Seguramente no podían imaginar otra forma de vida. Ni engañarse acerca de la condición exacta de esa vida.

Hubo un silencio. Y de repente estalló en risas, los ojos como chispas, la expresión de niño travieso pillado *in fraganti*. Me he pasado, ¿no es verdad, Dr.?, dijo. Pensará Vd. que soy un pelmazo. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Pero la verdad es que la vida de esos campesinos de antes era como una condena de por vida. Hizo una pausa. En realidad, al hablar como he hablado estaba pensando en otra cosa, no en Locarno, sino en la guerra. Esa guerra que se ve llegar como una tormenta y que, cuando estalla, se impone como única realidad válida, convirtiendo lo que hasta entonces nos era más cotidiano en una especie de espejismo. Visto a distancia, la guerra parece un tema de película; sólo cuando te afecta directamente te da la impresión de que es tu vida anterior lo que era cosa de cine. Pero eso es ya otra historia.

Aguzó la vista tras las gafas, como concentrándose en un pensamiento, o tal vez en un recuerdo, mirando sin ver los reflejos de las luces en el lago. La gente le llamaba el Rousseau debido a sus largos paseos solitarios, hiciera o no buen tiempo. Nos conocíamos de vista, ya que yo solía también darme un paseo cuando me era posible. De tanto cruzarnos, acabamos saludándonos y aquella tarde, tras caminar un trecho juntos, conversando, nos sentamos a tomar un café en la terraza del hotel. Que conociera mi profesión en ese pueblo grande que es Locarno fuera de temporada no tiene nada de particular. Lo que sí me resultó raro fue que me hablara como me habló, que dijera lo que dijo. ¿Por qué lo haría? Tras despedirnos seguí dándole vueltas al asunto. ¿Vería en mí un alma gemela, el interlocutor más adecuado por el hecho de habernos cruzado tantas veces en el curso de nuestros respectivos paseos? ¿Estaría –consciente o inconscientemente– exponiéndome el preámbulo de algún problema personal ya que me había llamado Dr. repetidamente? O quién sabe si no sería escritor y lo que me exponía era el asunto de algo que estaba escribiendo o que pensaba escribir, tal vez una novela. No un novelista, sino más bien uno de esos escritores que no escriben para publicar, que incluso son reacios a hacerlo, y cuyas obras sólo son conocidas años más tarde, rescatadas del olvido poco menos que por casualidad. Me dio esa impresión incluso antes de despedirnos, cuando dejó de hablar y, como si hubiera olvidado mi presencia, siguió fumando absorto, la mirada perdida en la quieta oscuridad del lago.

El texto estaba escrito a mano, probablemente con la misma Parker21 que su padre utilizaba para escribir cartas o extender recetas. Gloria lo había sacado de una carpeta idéntica a las que recogían las cartas que su padre había dirigido a su madre, si bien, mientras que la correspondencia estaba agrupada más o menos cronológicamente, ni la carpeta ni los textos en ella contenidos llevaban indicación alguna. Con todo, Gloria estaba dispuesta a írselos leyendo uno por uno, aunque sin demasiadas esperanzas de encontrar en ellos lo que tampoco había encontrado en las cartas: algún dato, por pequeño que fuera, relativo a la vida que habían llevado sus padres los años que pasaron en Locarno. Claro que ella disponía únicamente de las cartas que el padre había dirigido a la madre cuando ésta tenía que volverse a España, generalmente por alguna cuestión

familiar; tal vez las escritas por mi madre fueran más explícitas. Pero ¿cómo dar con ellas después de tantos años y de los diversos cambios de domicilio? Lo más probable es que ni siquiera existieran.

En cuanto al texto que acababa de leer, lo más probable –como bien apuntaba su padre– era que ese paseante solitario fuese un futuro paciente o un candidato a serlo, no propiamente un loco, pero sí un perturbado, alguien con problemas, y que en esas cuartillas se hallase recogido lo que fue su primer contacto. En tal caso, el contenido de la carpeta, por lo que había podido husmear, sería una recopilación de anotaciones y reflexiones acerca de determinados casos relacionados con su profesión, no propiamente un diario, pero sí algo parecido.

Fuera sonaban los ladridos de las perras, agudo, penetrante, de valquiria, el de la una; grave, como de fumadora, el de la otra. Le estaban reclamando el paseo. Lo darían, pero antes se iba a tomar un café en la terraza, con toda calma. Echó el último vistazo al ordenador por si había algún correo nuevo, y se bajó a recepción por la escalera de caracol, uno de esos apaños que hay que hacer cuando se convierte en hostal lo que fue caserón familiar.

Pidió a Teresa que le llevara un café a la terraza y, mientras encendía un cigarrillo, advirtió que una vez más se había producido una confusión de ceniceros.

–Este cenicero no es de aquí; su sitio está en los aseos.

–Es verdad. Pues mire que se lo tengo dicho a la chica... –dijo Teresa.

Al romper con Esteban, tras tirar a la basura cuanto podía relacionarse con él, Gloria cayó en la cuenta de que sólo un objeto había escapado a la ceremonia de purificación: su cenicero predilecto, el cenicero que, como si se tratara de un talismán, Esteban quería ver siempre junto a su lado de la cama. En lugar de tirarlo, Gloria lo destinó a los aseos.

En la terraza, el único huésped del hostal se hallaba tan sumido en la lectura del periódico que no pareció darse cuenta de su presencia. Entre una y otra mesa, un petirrojo picoteaba el suelo a pequeños saltos. Ni siquiera dejó de hacerlo cuando el huésped dobló el periódico y dirigió una sonrisa a Gloria.

–¿Le puede afectar a Vd. la huelga de los controladores franceses? –preguntó Gloria, más que nada por cortesía–. A su regreso, quiero decir.

–Espero que no –dijo el huésped–. En principio es una huelga de veinticuatro horas y yo pienso seguir descubriendo Riofrío unos cuantos días más.

–Vive Vd. en Zúrich, ¿no?

–En Berna. Pero vuelvo vía Ginebra. Hay más vuelos.

Tanto él como ella contemplaban al petirrojo que, entre breves miradas a uno y otro lado, seguía picoteando el suelo. «Sabe que somos de confianza», dijo el huésped antes de dirigir la vista al paisaje que se extendía a sus pies.

Era en momentos así cuando se disfrutaba verdaderamente de la terraza, o mejor, del entorno de Riofrío; los fines de semana, con el ajetreo, las voces, los críos, era como si el panorama que desde allí se dominaba acabara por borrarse. Un paisaje que, por más que Gloria no conociera Locarno, probablemente tenía poco que envidiarle: el valle que se abría del pueblo para abajo, la fuerte pendiente de los prados, el arroyo bordeado de

altos álamos aislados, las laderas que se alzaban enfrente, especialmente nítidas con esta luz de primavera, las afiladas cumbres, en estos momentos ocultas tras una nube, lo que no era obstáculo para que en la memoria figurasen los pequeños detalles como si los tuviera delante, los peñascos, los pinos difícilmente aferrados a la escarpadura, el vuelo de un pequeño pájaro, tiempo y detalle fijados a la manera de un grabado japonés.

Melting point

En las pantallas, tanto en la de salidas como en la de llegadas, el número de vuelos cancelados no hacía sino ganar terreno. A juzgar por los comentarios de la gente, antes de darse la vuelta mascullando algo, más de una de esas cancelaciones era forzosamente de carácter preventivo, provocada por el temor a verse pillados entre escala y escala. Un hombre de mediana edad, con abrigo cruzado y sombrero, se aproximó a Richard.

–*¿Melting point?* –preguntó con una sonrisa, señalando el suelo.

Richard se contuvo para no decir que sí, que en eso se estaba convirtiendo, pero convencido de que la broma no iba a ser entendida, le indicó por señas dónde se encontraba el *meeting point.*

El desconocido se lo agradeció con gestos efusivos y fue a plantarse allí, en el lugar indicado, tieso como una farola. Richard empezó a deambular en busca de un objetivo no del todo preciso; las colas formadas ante el mostrador de información eran prohibitivas, y el aspecto de la gente, resignado. Quienes se apiñaban ante los mostradores de las diversas compañías aéreas parecían, en cambio, más crispados. Sí, saldré pasado mañana y me pagan una noche de hotel, pero ¿quién me indemniza por el retraso?, decía una mujer entre risas indignadas, mientras su acompañante guardaba silencio con gesto adusto. Sobre el piso de los rincones había grupos de jóvenes profundamente dormidos, encajados en sus equipajes, ellas con el lomo al aire, a la espera, se diría, de inspirar a un fotógrafo a crear una instalación.

En el *meeting point*, un hombre de cabeza afeitada y cuello cilíndrico, embutido en un traje azul marino que le quedaba repleto y con un auricular en la solapa, se aproximó al desconocido del abrigo y el sombrero que seguía aguardando inmóvil.

–¿Es Vd. Amadeo Franch? –preguntó.

–Amadeo, sí, de nombre. Pero mi apellido no es Franch. ¿Habla Vd. mi idioma?

–Sí. He venido a buscarle.

–Es que no sé si soy la persona que Vd. busca.

–¿No se llama Vd. Amadeo?

–De nombre, ya se lo he dicho –y con una sonrisa, añadió–. También Mozart se llamaba Amadeus.

–¿Y no ha venido a dar una conferencia?

–Sí, invitado por la Asociación Internacional de Amantes del Conocimiento.

–Pues ya vale. La conferencia se dará en la cumbre.

–¿La cumbre? ¿Qué cumbre?

–¿Qué cumbre va a ser? ¡La que se inaugura mañana! Sígame.

Richard les vio alejarse con paso decidido. Justamente, sobre la salida, había extendida una pancarta que rezaba: «Tanks: think of the others». En ese momento se cruzó en su camino un empleado del aeropuerto al que había visto en el mostrador de información y que ahora se encaminaba a la cafetería. Richard le siguió con discreción y tomó asiento en la mesa contigua.

Al cabo de unos momentos, mientras diluía en el café los terrones de azúcar, se dirigió al empleado en tono cordial, un poco como abrumado.

–Perdone Vd. por abordarle en sus momentos de descanso, pero es que para mí es una cuestión de gran importancia. ¿Podría decirme si Mr. Boss ha llegado de Londres en el vuelo previsto? Porque yo le aguardaba a la salida y no he acertado a verle.

–Porque no iba en ese vuelo –dijo el empleado–. Pero ha llegado.

–¿Y cómo ha llegado?

–En su avión privado, hace ya un buen rato.

–Vaya. Su llegada estaba anunciada en ese vuelo regular.

–Por lo de la fotografía en la escalerilla. Pero todos prefieren el avión privado. Y como ahora tienen la excusa de la huelga de controladores...

–Ya. Una pregunta más, ésta ya personal. ¿Cree Vd. que en un par de días o tres los vuelos entre Londres y Locarno estarán normalizados?

–¿Por qué no? La huelga de los controladores franceses es de veinticuatro horas.

–Gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

Mientras caminaba hacia la salida, telefoneó a James: contestador automático. No dejó mensaje y telefoneó a Georgina: contestador automático. Esta vez dejó mensaje: «A partir de pasado mañana, podéis venir sin problemas. De lengua».

A la salida tomó un taxi: tal vez en el *hall* del hotel en el que se alojaban los de la cumbre tendría la suerte de toparse con Mr. Boss. Durante el trayecto telefoneó a un amigo que iba a trabajar como traductor simultáneo en las reuniones previstas; quería saber si podría colarle como un colaborador más entre los restantes traductores. «No te va a comprometer para nada», le puntualizó. Ya sabes cómo es lo que escribo: fábulas más que crónicas. Es lo que se espera de mí. Me harías un gran favor. Su amigo le dijo que no creía que hubiera problema. Pero, a los pocos minutos, antes de que llegaran al hotel, le devolvió la llamada. Imposible. Lo había consultado. Lo único, pasarle una grabación de cada ponencia. «Pero el sonido será muy imperfecto», dijo.

En el *hall* del hotel, ante el mostrador de recepción, divisó de inmediato, gracias a su esmerado atuendo, la figura de Amadeo hablando con el conserje.

–Pues no, Sr., nada de maestros ciruela. Su invitación es para intervenir en la cumbre –decía el conserje con aire satisfecho.

–Lo que yo le decía –dijo el chófer.

–Vaya confusión –dijo Amadeo–. ¿Y no será peligroso? Por lo que he visto en la prensa, se están produciendo desórdenes callejeros.

–Las fotos son de Grecia –dijo el conserje–. Como mucho, habrán roto un escaparate para que no se diga.

–Pues vaya sorpresa. Con lo de la cumbre, quiero decir.

–No se queje, hombre. Ahora verá la *suite* que tiene reservada y se dará cuenta de que va a ser tratado a cuerpo de rey.

–¿Es éste todo su equipaje, señor? –dijo el botones mostrándole su pequeña maleta.

Tras deambular por el *hall* y los diversos salones y bares de la planta baja, Richard se dirigió a recepción y preguntó a una empleada de rasgos dulces por Mr. Boss.

–Lo siento, Sr., tenemos orden de no pasar llamadas –recitó la empleada en tono burocrático, casi antes de que hubiese terminado de formular la pregunta–. Si quiere Vd. dejar un mensaje...

Richard le entregó una tarjeta del periódico con gesto vacilante. Miró en derredor y buscó un tresillo algo apartado. Desde allí volvió a telefonear a Georgina. De nuevo, contestador automático. «Más lengua», dejó dicho.

Cumplimentada la reserva, Amadeo aguardaba frente a los ascensores acompañado del botones.

–Es en la sexta planta –confirmó el botones–. Espero que la *suite* sea de su agrado.

Le precedió a lo largo de los pasillos y también al mostrarle la *suite* –tras cederle el paso al entrar–, mientras iba encendiendo las luces: el saloncito, el dormitorio, el baño. Amadeo le seguía, hurgando en los bolsillos; al final sacó la cartera y le dio un billete de cinco euros.

–Muchísimas gracias, Sr. –dijo el botones.

Una vez a solas, Amadeo inició un reconocimiento sistemático del lugar: el lecho *king size*, los bombones en las mesillas de noche, la ventana con vistas al lago, los albornoces, las chanclas, los productos de belleza del baño y, en el saloncito, una botella de *champagne* en un cubo con hielo y diversos recipientes con cosas para picar.

Amadeo guardó en el armario el abrigo y el sombrero, así como las escasas piezas de ropa que llevaba en la maleta, distribuyendo las de aseo sobre el mármol del cuarto de baño. Luego, se descalzó y se tumbó en la cama. Tras unos minutos de reflexión, sacó el móvil y llamó a su mujer. Sí, sí, ya había llegado. Todo muy bien. Los colegas, gente estupenda. Su intervención estaba prevista para el día siguiente. Y el hotel, de fábula. Todo el mundo muy amable. No, ningún problema. Ya le contaría qué tal había ido. Besos.

Siguió tendido un rato más, mirando al techo, el entrecejo algo fruncido.

De pronto se incorporó para dirigirse al saloncito. Mientras descorchaba la botella de *champagne* picoteó de los diversos recipientes situados en la bandeja del aperitivo. Llenó cuidadosamente las dos copas, a fin de que no llegaran a rebosar, y a continuación vertió la casi totalidad de su contenido en el retrete, dejando un resto algo mayor en una de ellas. Luego, vació también casi por completo el contenido de la botella y pulsó la palanca del depósito de agua.

Obertura

Como si lo que se iba a celebrar, más que una cumbre de *think tanks* fuera un concierto, invitados y participantes se iban congregando en el *hall* del hotel antes de dirigirse al salón de reuniones, ellos y ellas con un algo en común no ya en el atuendo –elegante y sobrio–, sino también en las maneras y el comportamiento, joviales y hasta campechanos al saludarse los unos a los otros. Eso sí: tan sonrientes como en alerta, bromistas pero de mirada implacable, vamos, que no se confundiera cortesía con debilidad de carácter ni jovialidad con incapacidad de montar en cólera. Pero, por encima de todo, la satisfacción de encontrarse allí, formando parte de un grupo tan selecto, a lo sumo, más de uno algo incómodo por no haber podido realizar con las prisas, la habitual evacuación matutina. Y así, como desfilando por la pasarela formada por dos hileras de fotógrafos, en animado reguero, iban accediendo a un espacio que, más que de platea o escenario, ofrecía el aspecto de un recogido salón de música palaciego.

Fuera, instalado en las proximidades de la terraza, un violinista callejero interpretaba el *Sueño de amor*, de Liszt, mientras frente a la entrada principal, en la otra acera, un pequeño grupo de jóvenes enarbolaba dos o tres pancartas, consiguiendo con ello que los curiosos, al detenerse a mirar, parecieran recibir a los invitados según iban saliendo de los coches.

No obstante, escribió Richard, la clave de todo aquello estaba en que Mr. Boss, en su discurso de apertura, no defraudase a los presentes. Y no defraudó. Es más, si se le había encomendado esa tarea fue precisamente porque los organizadores estaban seguros de que no iba a defraudar. «Habla tan bien», solía decir la gente después de haberle oído, con independencia de lo que hubiera dicho. Eso sí: para considerarlo un orador brillante había que contarse entre quienes lo consideraban un orador brillante.

La brillantez, como solía ser habitual en él, estaba ya en sus primeras palabras. «Todo es uno –dijo–. El mundo, la vida, la actividad económica consustancial a esa vida: todo es uno.» Y a partir de ahí, con voz cálida y serena, fue desgranando ante sus oyentes las consecuencias derivadas de tal afirmación.

Desde el momento de la concepción, antes de que la vida del sujeto haya aflorado al mundo exterior, hasta el de los funerales, cuando esa vida ya se ha extinguido, todos y cada uno de los ritos de la existencia requieren, y por tanto crean, actividad económica. La madre embarazada, el bebé, la primera infancia, los estudios, la profesión, el matrimonio, la familia, las vacaciones, las necesidades, hábitos y gustos adquiridos, los diversos cuidados que supone gozar de una buena salud o, más adelante, de la jubilación,

todo, absolutamente todo, es fuente de actividad económica, pequeño fragmento de un único negocio.

Había que considerar, además, que si bien en el pasado el mundo se hallaba configurado por imperios y culturas aisladas los unos de las otras, remotos entre sí, hoy día, ese «todo es uno» que formuló al principio debía necesariamente hacerse extensivo al planeta considerado en su conjunto. De ahí que haya que aproximar lo distante y armonizar lo que antaño estuvo enfrentado. En este sentido, reivindica el derecho a limar rivalidades y desencuentros, no ya del presente, sino también del pasado. ¿Qué tiene de malo reinventar la Historia, una Historia ya en gran medida inventada? Hacer, en una palabra, lo que el ama de casa entiende por *limpieza general*, una limpieza general de conflictos cuyas raíces se pierden en el pasado.

Ya finalizado, destacó el hecho de que, cuando el valor de instituciones o conceptos tales como los de país, nación, Estados o culturas empieza a tener un valor eminentemente turístico, se impone aceptar una realidad que ni necesita ser proclamada: lo que manda, lo que cuenta, lo que de veras configura la vida cotidiana de la persona, del mundo, es la economía. Pues lo cierto es que nada es tan valioso como la riqueza.

Y terminó diciendo: «El libre juego del Mercado, dirán algunos. Y yo les diría: no, el Mercado no es un juego. El Mercado es el terreno de juego».

Sonrisas y aplausos.

El Ateneo y El Casino

Marcel llegó a la conclusión de que el forastero del que estaban hablando quienes habían tomado asiento en una mesa vecina no podía ser otro que él mismo. Al amparo del periódico, desplegado en toda su amplitud, siguió escuchando.

–Parece que es sueco. O suizo. Pero habla casi sin acento.

–Los suecos son más altos. Ahora, éste lo que no tiene es pinta de turista.

–Por lo que te digo: estará enfermo, y como Riofrío tiene fama de clima sano... Yo aún me acuerdo de cuando los tuberculosos venían a reponerse.

–Eso era antes, hombre. Ya no hay tuberculosos. Lo de ahora es el sida.

–Pues éste no parece maricón.

–No hay que ser maricón para tener el sida: se puede tener sin serlo. Pero a los del sida se les ve muy consumidos. Y éste tiene un aspecto de lo más normal.

–¿Entonces por qué preguntó por un médico? Y se le ha visto varias veces en la farmacia.

Marcel plegó cuidadosamente el periódico. Los de la mesa vecina le contemplaron atónitos.

–Vaya –dijo uno de ellos, el del pelo blanco–, se ha enterado Vd. de todo. Tendrá que perdonarnos. Ya sabe cómo somos los de pueblo: unos chafarderos. Con que aquí nunca pasa nada...

–No se preocupen, que eso es igual en todas partes. Lo que sí quiero aclararles es que no busco ningún médico. Lo único que hice fue preguntar por el Dr. Santiago, un médico de aquí que era amigo de mi padre.

–¿El Dr. Santiago? No me suena de nada.

–Ya. Eso parece.

–¿Santiago qué? Porque Santiago es un nombre, no un apellido. Oiga, ¿me permite que le invite a un vermut? Así le compenso por lo de los chafardeos.

–No tiene por qué compensarme de nada. Pero, bueno, le acepto una cerveza.

–Claro, hombre –asintió el del pelo blanco brindándole una silla–. Y si quiere jugar una partida de dominó, ya lo sabe.

Marcel dejó su mesa para tomar asiento entre ambos.

–No, gracias; no juego al dominó desde que era niño. Me tomo la cerveza y me voy a comer.

–¿Está Vd. en el Panorama, verdad? Buen sitio: buena comida, buenas habitaciones, buen trato...

–Está puesto con mucho gusto. Y tiene una vista estupenda.

–Diga que sí. Oiga, estaba pensando en eso del amigo de su padre. ¿Sabe quién podría ayudarle? El Carlitos. Pero él no viene por aquí; es de los que va al Casino. Por la tarde, a última hora. Ya sabe lo que pasa en los pueblos: o eres del Ateneo o eres del Casino. Aunque yo voy a los dos. Allí me dejo caer también por la tarde, que es cuando se está fresco. Pero, bueno, Vd. no tiene más que ir y preguntar por él a cualquiera.

–¿Y por qué hay tanta rivalidad?

–¿Rivalidad? No, más que nada es cuestión de costumbre. Antes, sí, desde luego. Aquí, al Ateneo, veníamos los que éramos de izquierdas. Y al Casino, los que éramos de derechas. Ahora nadie es de nada.

–¿Vd. era las dos cosas?

–Es que soy muy impulsivo. Y hablo con uno y me convence; y hablo con otro y también me convence. Pero no por sacar algún beneficio, ¿eh?

–Como el Moro, por poner un ejemplo –dijo el otro, fatalista, resabiado.

–¡Toma, o el mismo Carlitos! Sólo que el Carlitos es más como yo.

–Pero bien que se ha beneficiado –dijo el otro.

–Sin buscarlo. Es este que le digo que a lo mejor sabe algo del Dr. Santiago. ¿Así que Vd. oyó a sus padres hablar de Riofrío y se ha venido a conocerlo?

–Más o menos.

–¿Y qué le parece el sitio? –dijo el del pelo blanco cruzando los brazos sobre el mármol.

–Tú también tienes cada cosa... –dijo el otro con sonrisa incómoda–. ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué le parece un pueblo de mala muerte?

–Tranquilos –dijo Marcel–. La verdad es que es un pueblo muy bien conservado y el paisaje es magnífico.

–¿Lo ves? –dijo el del pelo blanco–. ¿Por qué has de ser siempre tan negativo?

–Lo que no se comprende es que no haya más turismo.

–El turista busca otras cosas. Aquí vienen los de siempre: veraneantes, domingueros... El pueblo empezó a ponerse de moda hará casi un siglo. Es un sitio fresco y muy sano y entonces la gente buscaba estas cosas. Se edificaron verdaderas mansiones. Una de ellas es la que han convertido en el hostal donde está Vd. alojado, o sea que, imagine. Pero la época de mayor desarrollo fue después de la guerra, cuando llegó a formarse una verdadera colonia veraniega.

–¡La guerra! –dijo el otro–. ¿A qué llamas tú «la guerra»? Aquello, aquí, no pasó de ser una especie de reventada, de revuelta.

–Sí, pero con unos cuantos muertos. Y luego llegaron los del gobierno y hubo unos cuantos muertos más. Pero estábamos hablando de los veraneantes, de los chalés que se construyeron entonces, lo que llamamos el barrio de La Bolera.

–Lo conozco –dijo Marcel–. Tiene mucho encanto.

–Sí, y también gustaba a la juventud de entonces –dijo el pesimista–. Pero ahora son padres de familia y se encuentran con que, a la que sus hijos crecen, ya no quieren venir a Riofrío.

–Eso pasa en todas partes, hombre. A los jóvenes no les gusta el campo. Hasta los chicos de aquí, los del pueblo, los fines de semana se van de fiesta a unas discos que están quién sabe dónde. Se juntan en sus coches, que van sonando por entero como si ya hubieran llegado, inch, inch, inch, inch...

–Todo cambia –dijo un tercero que llevaba un rato de pie junto a la mesa, escuchando lo que se decía–. Ahora el campo se trabaja con máquinas y el ganado se engorda en los establos.

–Y el que hace el trabajo, que antes era flaco, ahora también engorda.

–Hoy día, hasta los coches son gordos.

–Y los jóvenes, como decimos aquí, ya no saben distinguir un peral de un pino.

–¡Toma! ¡Y nosotros antes éramos jóvenes y ahora somos viejos! –exclamó el del pelo blanco.

Marcel se incorporó.

–Bueno –dijo–. Gracias por la cerveza. Mañana invito yo.

–¿Lo veis? ¡Ya me lo habéis espantado! –dijo el del pelo blanco.

–Que no, hombre, que no –dijo Marcel–. Lo que pasa es que en el hostal me estarán esperando. Saben que en mi país a estas horas todo el mundo ha comido y procuran atenerse a mi horario. A mí me hubiera dado lo mismo.

–Nada, que no he dicho nada –dijo el del pelo blanco–. Cada uno sabe lo suyo. O sea que, *bonapetí*, como dicen los franceses. Ah, por cierto, ¿y cómo tenemos que llamarle?

–Me llamo Marcel.

–Muy bien, Marcel, encantado de conocerle. ¡Ah!, y no se olvide de preguntar por Carlitos. Ya sabe, en el Casino.

Las aguas del Herbolario

Sin pensárselo dos veces, Gloria decidió que el paseo de aquella tarde iba a ser a la Fuente del Herbolario. Decidía siempre así, de golpe, al salir del hostal, evitando incluso considerar la cuestión antes de ese momento. Pero era consciente de que, de un tiempo a esta parte, rehuía de forma instintiva determinados itinerarios. El de la ermita, por ejemplo, que hacía obligatorio atravesar el barrio de chalés que se desarrolló cuando era niña, pasar ante la bolera donde los de la colonia veraniega solían echar la tarde. Llegarse hasta la Fuente del Herbolario, en cambio, era uno de sus paseos más repetidos, tal vez porque tenía la impresión de que le traía buena suerte.

Tomó el camino que, dando un rodeo, enlazaba con la carretera y, a eso de un kilómetro, con el sendero que conducía a la fuente. A través del pueblo el recorrido se hacía mucho más corto, pero los perros preferían el largo, ya que de inmediato se encontraban en campo abierto. A estas horas, el sendero discurría casi enteramente por la umbría, mientras que en la fuente daba el sol, justo lo contrario que por la mañana. Y según se avanzaba, el verde resplandeciente de la ladera opuesta era ya en sí mismo un estímulo.

La fuente propiamente dicha no podía ser más sencilla: un caño de hierro del que brotaba un abundante chorro de agua, enmarcado por dos bancos de piedra empotrados en el terreno. No obstante, su mayor atractivo residía en un grueso tronco de castaño, parcialmente hueco, cuyo ramaje daba unidad y recogimiento al lugar. El oscuro musgo del manantial, las tonalidades grises y amarillas de los líquenes que revestían la piedra y el volumen cavernoso del tronco, de corteza satinada, no hacían sino realzar el vivo centelleo del agua.

¿Por qué prefería este paseo a cualquier otro?, se preguntó Gloria. El que también fuese el preferido por su madre no era razón suficiente. Según ella, se trataba de un lugar a la vez relajante y estimulante. Y algo de eso habría de cierto, puesto que fue allí, una tarde parecida a ésta sólo que a comienzos de primavera, donde le hizo aquellas confidencias que tanto desconcierto habrían de producirle. ¿Se las hizo en un rapto, llevada del efecto euforizante del lugar, o fue algo más premeditado, como intuyendo que era el sitio adecuado para contar lo que pensaba contarle?

Había empezado como siempre, o como casi siempre, ensalzando la singularidad del agua aquella, el hecho de que un herbolario –el Herbolario– jamás hubiera utilizado otra, según la leyenda, para elaborar sus pócimas. Y algo bueno ha de tener, dijo, cuando nuestros amigos suizos, tras hacerla analizar, pensaron seriamente en montar una planta

embotelladora. Bueno, dijo, más que de amigos, de simples amigos, habría que hablar de nuestra pareja. Quiero decir que éramos parejas abiertas, que tu padre y yo nos acostábamos regularmente con ellos. Lo normal era que lo hiciéramos todo los cuatro juntos, aunque si faltaba uno, nos apañábamos los otros tres. Igual que si éramos más, si había algún invitado. Lo que implícitamente quedaba excluido era que yo lo hiciera a solas con él y ella, a solas con tu padre. Él era pintor y ella, la directora de uno de los mejores hoteles de Locarno. Alguna vez también se vinieron con nosotros aquí, de vacaciones. Sí, ya sé que todo eso ahora suena raro, pero en aquella época era un tipo de relación muy común. Y teníamos más que aceptado que si a las chicas nos daba por tener un hijo, no había que preguntarse de quién era.

Hablaba contemplando con aire divertido el chorro de agua, idéntico a sí mismo en su constante renovación. Eso sí –recordó Gloria que había añadido–, de lo que puedes estar segura es de que tú eres hija mía y también de Santiago. Y no ya por el parecido, por cosas suyas que has heredado, sino porque yo soy quien mejor lo sabe. Le dirigió una alegre sonrisa de confianza. Te empiezo hablando del Herbolario, dijo entonces, y acabo contándote todas esas cosas; claro que algún día tenías que saberlo. Volvió a la contemplación de la fuente. ¿Duraron mucho esas relaciones?, había preguntado Gloria. Años, dijo su madre. Mientras vivimos en Locarno. A Santiago le gustaba aquello porque lo conocía desde chico, desde la guerra, que les pilló de veraneo en Locarno, y tu abuelo decidió que aquél era un buen sitio para esperar a que las cosas se calmaran. Cuando nos casamos, recién acabada la carrera, salió la oportunidad del hotel, de ejercer allí y allí nos fuimos. Hasta que hubo que volver, asuntos de familia y todo eso. Pero seguimos yendo de vez en cuando. Sólo que ya no era lo mismo. Además, el pintor acabó liándose con otra y aquello acabó en divorcio. Fue como si su matrimonio no pudiera funcionar sin nosotros.

Gloria recordaba que después se habían dedicado a buscar fresas salvajes, lo que quería decir que la primavera no estaba tan avanzada, que la tarde de aquella excursión fue a primeros de mayo o así.

Visto retrospectivamente, parecía claro que tanto en el comportamiento de su madre como en el propio hubo algo de artificioso. La naturalidad, la excesiva naturalidad con que su madre la había puesto al corriente de unos hechos acerca de los cuales ella no tenía ni idea y, sobre todo, en el carácter imprevisto y contundente de tales revelaciones, por una parte, y, por otra, su propia incapacidad de reaccionar, de hacer preguntas. En lugar de ello, Gloria más bien había evadido la cuestión, haciendo como que se lo tomaba a broma, una historia divertida, un chisme sin la mayor importancia. Y fue Gloria, no su madre, la que propició un cambio de conversación, como súbitamente asaltada por cuestiones más importantes.

Posteriormente, pero de forma siempre ocasional, en sus conversaciones había surgido esa relación de pareja abierta entre sus padres y los amigos de Locarno. Y así Gloria supo que si tras el divorcio de éstos la relación se hizo exclusivamente epistolar, tras la muerte de su padre cesó por completo, como si un toque maligno se hubiera abatido sobre toda forma de contacto. En otra ocasión, Gloria quiso saber si en algún momento

había surgido un problema de celos. Entre tu padre y yo, no; al menos en relación a ellos, dijo. Si acaso en relación a otra, una mujer que él encontraba muy atractiva. Y que yo sepa, ellos tampoco tuvieron problemas cuando todo quedaba entre los cuatro. *Ellos*, pensó Gloria, *ellos*... Pero ¿cuáles eran sus nombres? Su madre los había mencionado varias veces. ¿Andrée? ¿Angela? Nombres que empezaban con A, creía recordar. Pero también se había referido a otras personas, había mencionado otros nombres. Y ahora ya era tarde para preguntárselo. Únicamente recordaba con claridad el de una amiga de por allí, Grazia o Graziella, seguramente debido a su apodo, la Lombarda, ya que por lo visto decía que ella no era italiana sino lombarda, y según su madre, con razón, ya que llevaba el pelo en forma de col lombarda; a su entender, la responsable del divorcio de sus amigos.

El sol se estaba retirando ladera arriba y empezaba a refrescar. Gloria convocó a los perros con un silbido y emprendieron el regreso. Recordó que de niña, cuando oía a sus padres hablar de Locarno, daba por supuesto que un día u otro iba a conocerlo. Pero ni lo hizo, ni en realidad tenía ganas de hacerlo. Le pasaba con Locarno lo mismo que con Nueva York. De joven había estado unos cuantos días en Manhattan y le encantó, y se prometió volver regularmente: ni volvió ni le apetecía volver, influida tal vez por las películas y los seriales televisivos, por la imagen que ofrecían de la ciudad, un lugar lleno de asesinos en serie, policías corruptos, financieros odiosos y terroristas. Evidentemente, no había heredado el espíritu viajero de sus padres.

Como tampoco tantas otras cosas. Hubiera sido incapaz, por ejemplo, de vivir en régimen de pareja abierta. ¿Cómo llevarlo con naturalidad, sin piques, sin fricciones, totalmente desinhibidos? Para el caso, veía un mayor paralelismo entre su vida y la de la otra pareja. Hasta en lo del hostal: es posible que ni se le hubiera ocurrido transformar la villa familiar en el Hostal Panorama de no haber oído mencionar con tanta frecuencia el hotel de Locarno. Pero donde el paralelismo se hacía más evidente era en lo de los fracasos amorosos: su propio divorcio de Sebastián al enterarse de que estaba liado con su mejor amiga que, como él, había estudiado abogacía. Al parecer, el idilio se desarrolló mientras Gloria andaba de cabeza montando el hostal. Y luego su relación con Esteban, más joven que ella, y que, un par de años más tarde, la dejó por una chica también más joven que ella. Fue entonces cuando decidió centrar su vida en el hostal y renunciar a la necesidad de tener pareja. ¿Qué hubieran pensado sus padres de todo eso?

Ya en el pueblo, tras avisar al fontanero de que la bomba del agua volvía a las andadas, a fallar de vez en cuando, salió a la Plaza Mayor. Mientras se dirigía a la farmacia divisó al huésped suizo del hostal entrando en el bar El Casino; un tipo curioso, de esos que por pura timidez son siempre tan corteses. En la farmacia, como era habitual a estas horas, no paraban de entrar clientes, ancianos, mamás con críos. Gracia, la farmacéutica, les atendía diligentemente, sacudiendo de vez en cuando la cortina de pelo que le cubría un ojo, realzando la cualidad como de extraño órgano sexual que caracterizaba al otro, húmedo y saltón, intensamente pintado. Al verla, le dirigió un gesto de resignación, como obviando que no iban a poder hablar con tanta gente delante. A decir verdad, tampoco a Gloria le hubiera ido mal un rato de charla. Si al principio, al poco de conocerla, el

atropellado parloteo de Gracia, sus ocurrencias, le resultaban agobiantes, con el tiempo les fue cogiendo gusto y ahora hasta las echaba de menos cuando cualquier circunstancia, como ésta, no las hacía posibles.

II

Richard

Cambiar de tema

Sí, aquello daba para una columna, parecía decirse a sí mismo Richard mientras, las gafas caladas, revisaba con un mohín algo escéptico las notas tomadas a partir de las grabaciones y de los comentarios pillados aquí y allá tras la intervención de Amadeo. Una intervención que había tenido una favorable acogida, algo no propiamente inesperado –ya que nadie sabía lo que podía esperarse de él–, pero sí sorprendente, dado el carácter más bien tedioso del tema que aparentemente había elegido, la defensa de lo políticamente correcto en relación a las lecturas infantiles. Es decir, determinados contenidos de los cuentos de Grimm, Perrault, Hoffmann, el Lobo feroz, Barba Azul, el castillo de irás y no volverás, ogros que en el fondo son un pedazo de pan, etc.

A su entender, las modificaciones introducidas en aras de lo políticamente correcto suelen ser rechazadas por dos razones. En primer lugar, por ñoñas, cuando no cursis, en su afán buenista por proteger la visión del mundo de los pequeños; como si no se tomasen toda clase de medidas para protegerlos de cualquier riesgo físico sin que a nadie le pareciese injustificado. Y en segundo, porque no se considera legítimo modificar lo escrito por otros, porque hacerlo supone incurrir en una especie de censura propia de los regímenes totalitarios; como si las grandes potencias del presente y del pasado no modificasen constantemente la propia historia a fin de hacerla más llevadera.

En este sentido, prosiguió, hay todavía mucho trabajo pendiente. Su intención era limitarse a un solo ejemplo, el de una obra que hasta el momento no parece haber suscitado controversia alguna: *Las mil y una noches*. En parte, quizás, porque casi sin excepción, las ediciones corrientes han suprimido ya el prólogo original, sin duda con toda inocencia, por considerarlo sencillamente innecesario, pues nadie se lee los prólogos. Y, sin embargo, su importancia es decisiva respecto al recto entendimiento de la obra, ya que en él se explica el origen de ese hábito de cortar cabezas propio de Harum al-Raschid. Y es que –relata el prólogo– a la vuelta antes de lo previsto de una cacería, el soberano se encuentra a la totalidad de bellezas que integran su harén entregadas a una orgía sexual con los esclavos negros a su servicio. El soberano ordena entonces una degollina general y, a partir de ahí, establece la norma de hacer decapitar cada mañana a toda mujer que no haya sido capaz de entretenerle con algo más que sus recursos sexuales. Sherezade lo conseguirá durante mil y una noches, con lo que será perdonada.

Es decir: desde esta perspectiva, *Las mil y una noches* se convierte en un relato de terror, altamente conflictivo en, por lo menos, tres ámbitos. Para empezar, los esclavos son negros y se les corta la cabeza sin más: discriminación racial. Las mujeres corren

igual suerte: discriminación de género. Y, finalmente, el soberano es musulmán, lo que puede inducir a considerar su conducta propia de sus creencias: discriminación cultural, además de religiosa. Con lo sencillo que sería, por ejemplo, modificar el relato en el sentido de que la mujer que no sea capaz de complacer al soberano se vea simplemente expulsada del harén, algo así como el paraíso.

A partir de ahí, había anotado Richard, el discurso experimentó un giro, no por impecable menos inesperado, similar a esos giros de muñeca con que un tenista desconcierta con su raqueta al contrincante: de su defensa de lo políticamente correcto por razones morales pasó gradualmente a desgranar las positivas consecuencias económicas de semejante actitud: entender una correcta educación del menor como base de su futuro acerbo cultural y de su adecuada integración en la sociedad del conocimiento. Una amplitud cultural que es sinónimo de diversidad: diversidad de gustos, de aficiones, de costumbres, de hábitos cotidianos, lo que garantiza a su vez la diversidad en los hábitos de consumo. En resumen: lo que había comenzado como un llamamiento a una mayor tutela sobre la sensibilidad infantil –llegó incluso a proponer que se omitieran detalles excesivamente crudos en los manuales de Historia, como el hecho, por ejemplo, de que María Antonieta fuera guillotinada– acabó siendo una exposición de sus consecuencias benéficas en la economía y la estabilidad del mercado.

Se hacía inevitable, en este sentido, apreciar puntos de encuentro entre su discurso y el pronunciado por Mr. Boss en la apertura de la Cumbre. Como también anotar el hecho de que, finalizado ese discurso, Amadeo abandonase la reunión e, instalado ante una Coca-Cola en un apartado tresillo del *hall*, se le viera trabajar afanosamente sobre sus cuartillas. Por la tarde, tanto al entrar como al salir, ya parecía más sereno, sobre todo al salir, según respondía con inclinaciones de cabeza y sobrias sonrisas a las felicitaciones recibidas en tanto se hacía con su abrigo y su sombrero. Lo que pasa es que hoy día ya nadie lee esas cosas a las que se ha referido, comentaba alguien no sin pesar.

Richard soltó un suspiro, casi un resoplido, como aburrido de todo aquello. Dejó las gafas sobre las cuartillas y se repantingó en el sofá.

Telefoneó a James. Le dijo que le costaba pensar en todo lo que no fuera el fin de semana.

–A nosotros también –contestó James–. Ayer noche no nos podíamos dormir hablando de estas cosas.

–¿Ensayasteis algo?

–Por supuesto.

–Yo también he tenido mis ideas.

–A Georgina se le ocurrió que podría ser divertido buscarnos un travestí.

–A lo mejor no es mala idea. ¿Puedo hablar con ella?

–La tengo a mi lado, escuchando.

–Pues dile que se ponga. Quiero comentarle una cosa.

–Comenta –dijo Georgina.

–Una cosa que me pone mucho es pensar en cuando estemos los tres ya cansados, tirados por ahí. Y entonces asomarme, simplemente asomarme a tus dos túneles, aún

dilatados, pero ya relajados. Decírtelo todavía me pone más. ¿A ti no te pone?

–Claro.

–¿Con sólo hablarlo?

–Claro.

Normalidad

Al ir a depositar la llave en recepción, el conserje acudió a su encuentro.

–Aquí tiene Vd. su billete de vuelta, Sr. Amadeo. En lugar de esta tarde, mañana por la mañana. Secuelas de la huelga, qué le vamos a hacer. Naturalmente esta prolongación de su estancia corre a cargo de los organizadores. ¿Quiere que se lo guarde en su casillero?

–Sí, por favor –dijo Amadeo–. Y muchas gracias.

–A Vd., Sr. –contestó el conserje.

Al darse la vuelta, Amadeo casi tropezó con el botones, que aguardaba a un lado, con las manos unidas tras de sí.

–Buenos días, Sr. –dijo, con una inclinación de cabeza.

Amadeo le respondió con una afable sonrisa. Luego, como intentando concentrarse, caminó con paso errático hacia la mesa donde se hallaban ordenadamente dispuestos los periódicos del día. Pero, como pensándolo mejor, se encaminó hasta uno de los tresillos y desde allí telefoneó a su mujer para ponerle al corriente de los cambios. Todo muy bien. Sí, por la huelga de controladores, pero todo muy bien. Te llevaré algún recorte de prensa en el que se hace referencia a mi intervención. Mañana por la mañana, sí. Besos a los niños.

Permaneció en el sofá un rato más, la pierna derecha montada sobre la izquierda y el brazo derecho extendido sobre el borde del respaldo, los dedos tecleando suavemente la superficie del cuero. Luego, tras enfrascarse unos minutos en la manipulación del móvil, se incorporó y se dirigió con paso decidido al exterior.

–*¿Banc?* –preguntó al portero indicando con un gesto rotativo los alrededores.

–Sí, señor –afirmó el portero, traicionado apenas su dominio del idioma por un leve acento–. Sigue Vd. hacia allí por el paseo y en la cuarta travesía, casi haciendo esquina, tiene Vd. uno.

–Muy amable –dijo Amadeo.

Y emprendió el camino indicado bordeando el lago. Al poco, moderó el paso, como para gozar mejor de la vista. Una vez en el banco se dirigió directamente al cajero automático y sacó cincuenta francos suizos. Luego se encaminó a un quiosco que había divisado algo más allá y compró sin vacilar el *New York Times*, *Le Monde*, *The Guardian* y el *Frankfurter Allgemeine*.

Hubiera seguido paseo adelante de no haberse cruzado con un descapotable en el que unos jóvenes enarbolaban una pancarta que rezaba: ESPECULADORES A GUANTÁNAMO, mientras mediante un altavoz lanzaban lo que parecían ser proclamas.

Lo prudente era regresar al hotel.

En recepción, al verle pedir la llave, se le aproximó un conserje distinto al de antes. Le mostró un impreso con algunas anotaciones.

–Vd. perdone, Sr. Amadeo, pero ¿no sabrá Vd. si en algún momento su reserva fue cancelada? –preguntó.

–Pues la verdad es que no.

–Claro, claro. Aquí se ha producido una confusión de nombres –dijo el conserje arrugando el impreso antes de arrojarlo a la papelera, mientras le dirigía una inclinación de cabeza.

Una vez en la habitación, Amadeo se lavó cuidadosamente las manos. Aguardó unos minutos y regresó al *hall* con los periódicos bajo el brazo.

Su tresillo estaba ocupado, de modo que se dirigió al bar. Allí pidió una Coca-Cola con hielo y hojeó uno por uno los periódicos que había comprado. Al terminar, los dejó sobre una mesa del *hall* y se dio una vuelta por las tiendas de los corredores. En el de *souvenirs* compró un reloj de cuco en forma de casita típicamente suiza. Lo dejó en recepción y, tras consultar la hora, se encaminó al restaurante. Ocupó la misma mesa que el día anterior.

Revisó la carta con toda calma; al dejarla sobre el mantel se le aproximó el *maître*.

–*Tournedos* con champiñones, por favor –dijo Amadeo.

El *maître* enarcó las cejas, lápiz en ristre.

–¿Lo mismo que anoche? –dijo.

–Es que estaba riquísimo –dijo, efusivamente, Amadeo.

Después del café, echó un vistazo a un pequeño mostrador que ofrecía información relativa a las actividades culturales y de ocio de Locarno. Algo más allá quedaba el *business center*, pero la idea era visitarlo antes de la cena.

La tarde había quedado algo nublada, lo que justificaba que de nuevo recurriese al abrigo y al sombrero. Así ataviado, enfiló con decisión el paseo que bordeaba el lago. La energía de sus pisadas no hacía sino insuflarle optimismo. Interiormente, casi por lo bajo, canturreaba *La Madelón*.

Llevaba ya una media hora de camino cuando fue interpelado por una mujer de gran elegancia y belleza. Le dijo algo en italiano, palabras enfáticas entre risas. Amadeo también prorrumpió en risas, sin por ello detenerse, y siguió riéndose vuelto hacia ella mientras se alejaba dirigiéndole gestos afirmativos con la cabeza.

Algo más adelante, al detenerse a la altura de un pequeño grupo de yates anclados, se dio cuenta de que empezaba a caer la tarde. Un joven en camiseta y calzón hasta media pierna le miraba amistosamente, como si se conocieran. Decidido a emprender el regreso, Amadeo le dirigió una sonrisa según se daba la vuelta. El joven se llevó entonces una mano a la bragueta, moviéndola ligeramente: su mirada era ahora intensamente canallesca. Amadeo aceleró el paso, pero al comprobar que el joven le andaba siguiendo, la aceleración, paulatinamente intensificada, acabó convirtiéndose en carrera. El abrigo, debido a su longitud, le entorpecía la marcha, por lo que tuvo que abrir atropelladamente un par de botones. Al avistar el hotel, se volvió de nuevo: el joven se había esfumado.

Disminuyó entonces poco a poco el ritmo de sus pasos, al tiempo que un respirar profundo le ayudaba a recuperar el aliento perdido.

Carlitos

La ambientación de El Casino era de carácter más tradicional, más genuino, que la de El Ateneo –veladores de mármol, globos de cristal, ventiladores de amplias aspas, columnas de hierro colado–, pero la clientela era intercambiable, fundamentalmente masculina y de cierta edad. Marcel pidió una cerveza en la barra y tomó asiento ante una de las mesas del fondo. Esperó a que el de la barra –en mangas de camisa como un cliente más– estuviera escanciando la cerveza para preguntar por Carlos.

–¿Carlos? –preguntó el camarero frunciendo los labios mientras mecía la cabeza como haciendo memoria–. ¿Carlos?

–Eso me dijeron.

–¿Dónde?

–En El Ateneo.

El camarero se encaró al conjunto de la sala elevando la voz a un nivel de instrucción militar.

–¡Atención! –dijo–. ¿Hay algún Carlos entre los presentes?

Cesaron las conversaciones; los presentes les miraban en medio del silencio más absoluto.

–A este joven le han dicho en El Ateneo que pregunte aquí por Carlos, por un tal Carlos –prosiguió el camarero.

–¿No sería por Carlitos? –dijo alguien desde el extremo opuesto.

–Sí, sí –dijo Marcel–. Eso fue exactamente lo que me dijeron; que preguntara por Carlitos.

–¡Acabáramos! –dijo el camarero–. ¡Es que Carlitos no se llama Carlos! La gente le conoce por Carlitos. Un apodo, como si dijéramos.

Se volvió a la barra con expresión de fastidio, como si todo aquello le hubiera puesto de mal humor; tal vez, perder un tiempo precioso.

Alguien llamó la atención de Marcel desde una mesa contigua.

–Carlitos está a punto de llegar –dijo–. Le reconocerá por la pelliza marrón, de cuero vuelto. No se la quita ni en verano.

Y así fue: a los pocos minutos hizo su entrada en el local un hombre corpulento y enfático, como atrincherado en una pelliza de cuero vuelto. Al ser informado desde alguna mesa de que «este señor quiere hablar contigo», se detuvo junto a Marcel y escuchó sus palabras con aire ponderativo.

–¿Doctor Santiago...? –dijo–. Santiago es un nombre y aquí conocemos a los médicos

por el apellido. Mucha familiaridad tiene que haber para llegar a llamarle por el nombre.

–Es que no conozco su apellido –dijo Marcel–. Sólo que fue médico de aquí hace ya bastantes años.

–Tiene que ser el Dr. Pascual. Sí, creo que de nombre se llamaba Santiago –dijo Carlitos–, Santiago Pascual, sí. Sabrá que murió, ¿no?

–¿Hace mucho?

–Cuando la guerra, nada más comenzar.

–¿Cuando la guerra?

–Sí, cuando la guerra. Y tuvo la peor de las muertes.

–¿Qué quiere decir?

–Pues mire: sabía que iban a por él e intentó escapar. Pero los de la milicia habían montado un control de carretera y le interceptaron a pocos kilómetros del pueblo. Le hicieron bajar del coche, le tirotearon en la cuneta y, aún vivo, le rociaron de gasolina y le prendieron fuego.

–¡Qué horror! –exclamó Marcel.

–Pues sí. Parece que el jefe de la patrulla era uno al que llamaban el Pastor. La orden la había firmado el Celestino, pero el jefe de la patrulla era el Pastor.

Carlitos había tomado asiento frente a Marcel, la mirada como perdida en la memoria. Ahora, los que permanecían de pie eran dos o tres más de los presentes que se habían aproximado.

–Se ve que al Pastor le fascinaba el fuego –añadió uno de ellos–. Fue él quien inventó lo del baile de las brasas, que consistía en esparcir el contenido de un brasero por el suelo y hacer moverse a los detenidos con los pies descalzos. Alguien le comentó que también podría hacerse con chinchetas, pero él prefería las brasas.

–Y lo que son las cosas –dijo Carlitos–, cuando llegaron los gubernamentales, el Pastor cayó malherido ya de entrada y se arrastró como pudo hasta la casa del Dr. Pascual para que le curase, como sin recordar lo que le habían hecho. Y murió allí, al pie de la escalera.

Hubo un momento de silencio mientras Carlitos hacía leves movimientos de cabeza, como afirmando algo.

–¿Sabe Vd. si este Dr. Pascual tenía un hijo? –preguntó

Marcel–. Porque el Dr. Santiago al que me refiero, por la edad, más bien podría ser su hijo.

–¿Un hijo? Que yo sepa el Dr. Pascual era soltero. Al menos, mientras estuvo aquí vivía solo.

–¿Y no sabrá Vd. si con anterioridad había ejercido en el extranjero? En Suiza, concretamente.

–¡Huy! –dijo Carlitos–. ¡No me extrañaría nada! El Dr. Pascual era muy viajero. Por lo que se ve, había recorrido medio mundo.

Intervino uno de los que se habían aproximado a la mesa.

–No –dijo–. El Dr. Pascual no se llamaba Santiago: se llamaba Jaime. Me sonaba raro lo de Santiago y ahora lo he recordado. Se llamaba Jaime Pascual.

–Jaime y Santiago es lo mismo –dijo Carlitos–. Celebran el santo el 25 de julio.

–Ya lo sé –dijo el otro–. Pero si uno de llama Jaime, nadie le llama Santiago. Y viceversa.

–¡Y qué más da! –exclamó Carlitos. Se encaró a Marcel como apartando a los demás con un gesto–. ¿Es Vd. periodista?

–No –dijo Marcel–. Si preguntaba por el Dr. Santiago es porque era amigo de la familia y me hubiera gustado saber de él.

–Es que hace unos años vino por aquí un periodista que preparaba un trabajo sobre los médicos fusilados durante la guerra. Por lo que se ve, entre uno y otro bando, casi tantos como alcaldes y curas.

–¿Y, eso, por qué?

–Por su autoridad: porque nuestra salud depende de ellos, porque será el médico quien acabe certificando nuestra muerte. Viene a ser como un cura, sólo que no respecto a la otra vida, sino a ésta.

–¿A qué llamas tú guerra? –preguntó otro de los que se habían aproximado, en silencio hasta entonces–. Lo que se dice guerra aquí no la hubo.

–¿Y cómo llamarías tú a todo lo que pasó? –dijo Carlitos.

–Aquello fue una revuelta que montaron el Celestino y cuatro más.

–Lo que montaron fue una milicia que fusiló a unos cuantos. Y cuando llegaron los gubernamentales se disolvió como un terrón de azúcar. Si lo comparas con lo que pasó en otras partes...

Ahora eran varios los que opinaban.

–Pues al Celestino se le menciona en más de un libro.

–No te digo que no. Pero tú compara y verás que aquí no hubo tantos muertos.

–Porque no hubo tiempo. Porque los gubernamentales llegaron enseguida y acabaron con la que se había montado.

–Exactamente.

–Pero no por falta de ganas.

–Exactamente.

–La culpa fue del Moro, aunque luego se echara para atrás.

–No, señor. Una cosa son las ideas, la teoría, y otra, la realidad. Y quienes no mataron más porque no pudieron fueron tipos como el Celestino, el Pastor ese que inventó lo de las brasas...

–Pues se ve que hasta entonces todo el mundo le tenía por una persona normal: siempre por el monte con sus ovejas...

–Pero llega una revolución, una guerra, y la gente cambia de la noche a la mañana.

–Además, mientras duró la guerra, aunque aquí no pasara nada, también se vivía mal. –Faltaba de todo.

–Es eso: con la guerra todo cambia. –Mi padre dice que, mientras duró, parecía que siempre fuera invierno.

Titulares

Así como el conductor de un refulgente deportivo, que aparece y desaparece ante los ojos de quienes conducen los restantes automóviles autopista adelante, encuentra placer no ya en el hecho de ser dueño de semejante maravilla, sino, sobre todo, en conducirlo con el pensamiento puesto en el efecto causado en los demás por sus airosos giros y adelantamientos –asombro, envidia, rencor, pasmo–, al margen o por encima de toda ordenanza, así también, en el fondo, el disfrute de lo exclusivo, de todo lo exclusivo, de aquello que por su precio y rareza está al alance de unos pocos.

En ese tono elegante, metafórico sólo en apariencia, puesto que, más que de símiles, se trataba de hechos que había que entender al pie de la letra, se desarrolló la ponencia dedicada a *lo exclusivo*, un concepto, en opinión del ponente, estrechamente vinculado al de la excelencia, esto es, entendido como un derecho consustancial a cuantos en la sociedad han alcanzado esa excelencia en los terrenos más diversos, económico, deportivo, tecnológico, en el mundo del cine, de la moda. Una ponencia programada sin duda por los organizadores a modo de entreacto o entremés que aliviara aquella sucesión de tantas otras de carácter estrictamente financiero, no por agudas y documentadas, menos áridas.

Había comenzado afirmando que si en el pasado los pobres vivían peor, los ricos, por el contrario, vivían mejor, debido a la ausencia de unas cortapisas que los posteriores cambios sociales y legislativos han ido modificando de forma irreversible en aras del bien común. De ahí que, lo práctico, lo sensato, dadas las actuales circunstancias, era inventar nuevas formas de disfrute que inevitablemente se hallaban vinculadas a ese concepto de los exclusivo, de algo que sólo está al alcance de unos pocos y que hace experimentar a esos pocos el sentimiento de pertenencia a un reducido grupo de privilegiados.

En este sentido, la máxima número uno de toda sociedad liberal –prohibido prohibir– es un inexcusable punto de partida. El vulgo, cuando intenta imaginar una situación de máximo disfrute, piensa inmediatamente en algún tipo de placer relacionado con el baño, con termas y masajes, con alguna variante del *jacuzzi*. Y, si bien lo que imagina como un deleite en sí mismo es sólo un factor ambiental, el decorado propio del verdadero goce de un privilegio, acierta en cambio al pensar en términos de *baño de inmersión*, ya que algo en común con la inmersión tiene sin duda el disfrute de lo exclusivo. Inmersión en el espacio –*suites* de mil metros cuadrados, mansiones, jardines, vistas espectaculares–, en el tiempo –al situar cualquier parte del globo a nuestro alcance merced al avión privado– y, sobre todo, en el ámbito de las relaciones personales, algo así como bucear en

compañía de seres que nadie más puede tratar, gente como nosotros, con acceso a lo exclusivo por su posición económica o por haber destacado en un terreno determinado, el deporte, la pantalla, las pasarelas. Un ámbito o dimensión de carácter cerrado, al que no tiene acceso el resto de la sociedad.

Capítulo aparte –continuó– era el referido a las relaciones sexuales, ya que el principio de *prohibido prohibir* tropezaba aquí claramente con dos excepciones: el sexo forzado –violación– y la utilización de menores –abusos deshonestos–. Por lo demás, en la sociedad actual está totalmente fuera de lugar imponer cualquier otro género de limitaciones. Se puede, eso sí, llevar una vida propia de la familia tradicional, buscando y haciendo respetar la máxima intimidad, el máximo aislamiento respecto a las costumbres de hoy día, y extraer un gran placer de todo ello. Es, sobre todo, una cuestión de carácter. Pero también es legítimo buscar en el sexo ese derecho a lo exclusivo y hacer lisa y llanamente todo lo que a uno le venga en gana, llevar a la práctica cuantas fantasías innatas o adquiridas puedan resultarle sugerentes. Estímulo añadido es hacerlo en compañía de famosos en cualquiera de los terrenos antes mencionados y salir así en la prensa y que todo el mundo se entere; una forma de acceder a lo exclusivo de gran importancia, ya que por definición quedan excluidos de su disfrute cuantos no pertenecen a esa selecta minoría. Lo carísimo, frente a lo simplemente caro, viene a ser el carné de socio que permite a sus titulares alternar con los demás miembros de esos círculos selectos, consustanciales al concepto mismo de excelencia, concluyó.

La ponencia no sólo logró despertar un interés extraordinario, sino que creó en el desarrollo de la Cumbre un antes y un después tanto en lo que se refiere a la indumentaria de los asistentes como a sus maneras. Así, el vestuario, no ya lujoso –de pasarela–, sino atrevido, especialmente en las damas, frente al repentino recurso a lo informal en los caballeros. Así, ese genio de la informática que comparece en vaqueros, americana, holgada camisa blanca de cuello abierto y calzado deportivo. El mismo, precisamente, que estalló en carcajadas desde la primera fila cuando el ponente de turno, un típico currante de origen humilde que ha ido ascendiendo paso a paso en la empresa gracias al propio esfuerzo, empezó diciendo: «Es para mí un desafío...».

El Alarde

Se trataba de un amplio edificio de piedra, con patios y dependencias en estado ruinoso. Su emplazamiento, al borde de un barranco, le daba un aire encastillado. Mejor dicho: no simplemente al borde, sino al término de ese barranco, sobre el semicírculo rocoso que quebraba su continuidad. Se decía que en la prehistoria los cazadores ahuyentaban hasta allí a los ciervos para asaetearlos a placer; de hecho –decían–, aún era posible encontrar alguna que otra punta de sílex. El fondo entre una y otra pared del barranco era holgado y acogía una sucesión de huertos en estado de abandono, levemente escalonados a partir de una balsa de riego. Y, abatiéndose sobre esas aguas verdinegras, un inmenso sauce. Nadie conocía a ciencia cierta el origen de aquella construcción, El Alarde, pero para el pueblo era un lugar de referencia, un misterio sobre el que cabía elaborar toda clase de leyendas.

Gloria deambuló pausadamente bajo el ramaje del sauce, la vista perdida en la hierba del suelo, para luego ir a sentarse al borde del estanque. Allí, sobre aquellas hierbas, tuvo su primer contacto sexual. Con un chico de la colonia. No le atraía especialmente, pero pensó que lo haría bien. Y así lo hizo. Para ella no fue la experiencia entre placentera y perturbadora, embriagadoramente dolorosa que había supuesto. Al tocarse y comprobar que tenía sangre diluida entre los dedos le dijo: «Lo conseguiste, Johnny». El chico no se llamaba Johnny, pero comprendió, y su arrobamiento se convirtió en perplejidad. Fue entonces cuando Gloria advirtió un movimiento furtivo en lo alto del barranco a través de una grieta abierta en el ramaje del sauce. Alguien, seguramente un campesino, lo había visto todo. Ahora, por más que intentaba dar con el punto exacto en el que lo habían hecho, fue incapaz de precisarlo con absoluta seguridad.

Pensó que la probabilidad de lograr a la primera una relación amorosa estable era como la de coger un taxi en hora punta. Depende de que asome por la esquina en la que nos hemos situado. O de que se detenga y quede libre justo delante de nosotros. De cosas así. Y, a partir de ahí, confiar en que el itinerario discurra sin problemas: un atropello, un choque, etc., cosas que no hubieran ocurrido de haber tomado otro taxi, aun a costa de haber esperado un rato más.

Esa primera experiencia, bajo aquel sauce, fue como tenía que ser. Era algo que había que hacer y lo hicieron. Estaba segura –o casi– de que si lo hacían aquella tarde no se iba a quedar embarazada, y no se quedó embarazada. Sabía, por otra parte, que el chico tenía novia, lo que tal vez supuso un aliciente añadido. Pero no volvieron a hacerlo nunca más. Un taxi oportunamente cogido al vuelo.

No podía decirse lo mismo de su matrimonio. Lo que empezó bien, no tardó en estropearse. Sebastián era sexualmente muy activo, y ella le dejaba hacer pero no *hacía*, como si una extraña fatiga le impidiese tomar cualquier iniciativa. También le costaba –en general– mostrarse entusiasmada por algo, del mismo modo que prefería callar cuando había algo que no le gustaba. Sebastián le decía que hablase, que se quejara, que protestara. Y sin duda, el hecho de que ella no lo hiciera contribuyó a emponzoñar los roces de la convivencia diaria. El punto de no retorno fue su decisión de cambiar la cama de matrimonio por dos individuales adosadas. Sebastián lo interpretó como un gesto de distanciamiento, cuando la verdadera razón eran los pedos más o menos silenciosos que él solía soltar según se aproximaba la mañana. El que, en consecuencia, al despertar, ella se mostrara esquiva a sus achuchones había sido el paso previo. Como el que esos achuchones se hicieran cada vez más raros, la primera señal de alerta.

Paralelamente, el hecho de que Gloria tuviera que pasar en Riofrío parte de la semana, supervisando la transformación de la villa familiar en un hostal, redujo la convivencia a poco más que los días festivos. Sin embargo, descubrir que era cierto lo que venía sospechando desde hacía tiempo –que Sebastián tenía un romance con otra–no dejó de dolerle. Sobre todo, porque esa otra –abogada como Sebastián– era amiga suya desde los tiempos del colegio. Se había presentado en casa de improviso y los pilló con el ardor atolondrado de quienes están a punto de irse a la cama.

Lo de Esteban fue distinto. Tenía unos cuantos años menos que ella y todo marchó bien entre ambos mientras duró. Era constructor y para Gloria fue de gran ayuda en el acabado del Hostal Panorama. Le gustaba la zona y tenía el firme propósito de comprar El Alarde y acondicionarlo. Viajaba mucho, pero sus encuentros eran siempre placenteros. Ella había decidido desinhibirse, tener iniciativas, y lo cierto es que hizo cosas que hasta entonces no había hecho. Descubrió lo excitante que podía ser hablar, utilizar determinadas palabras, comportarse con descaro. De ahí que le sentara tan mal la inesperada ruptura. Y que decidiera no volver a tener relaciones con nadie nunca más. Y que no las tuviera sin que el no tenerlas le costara esfuerzo alguno. Se le habían pasado las ganas. Desde aquel momento en que, tras hacerlo, todavía enlazados, él incorporase la cabeza y le dijera: «Gloria, vamos a tener que dejarlo: hay otra mujer en mi vida». Una declaración que sin duda había preparado con esmero, propio de un comportamiento formal y civilizado. Sólo que no fue así como se lo tomó Gloria, que decidió centrar su vida en el hostal a partir de entonces y no volver a ver jamás –contrariamente a lo que proponía Esteban– ni a él ni a su chica, naturalmente, la más joven de los tres. Y El Alarde se quedó tal como estaba.

Gloria había observado que El Alarde, la impresión que producía, era un verdadero test. Muchos visitantes, seguramente la mayoría, veían en todo aquello simplemente una ruina, algo que en consecuencia, desde su punto de vista, poco o nada tenía de bello. Algunos apreciaban la belleza del conjunto, y sólo para unos pocos significaba algo más, algo estrechamente ligado a su singularidad, a su misterio. Gloria, al menos, no conocía a nadie que supiera ni quién lo construyó ni por qué se hallaba en semejante estado. Claro que tampoco podía explicarse la razón de que lo hubiera elegido como escenario de su

primer encuentro sexual. ¿Por qué, en su momento, le había parecido tan obvio? Y quién sabe las fantasías conscientes o inconscientes que habían suscitado en Esteban el deseo de comprarlo y reconstruirlo. Hacerlo suyo también había sido, por lo visto, el sueño del Moro, un cacique local que estuvo a punto de conseguirlo. Pero vino la guerra y tuvo que exiliarse y, al regresar, como si hubiera olvidado su propósito, se construyó la mansión más lujosa de la comarca a las afueras del pueblo.

Pensándolo bien, tal vez Gloria estuviese condicionada por el hecho de que El Alarde fuese una especie de mito familiar, algo cuya excelencia estaba fuera de duda. Quién sabe si ese mito no influyó incluso en la decisión de los abuelos de venirse a Riofrío, de construir la villa de veraneo que Gloria había convertido en el hostal, la villa con más presencia de las que surgieron por aquel entonces, cuando los veraneos se pusieron de moda.

Ya de regreso, Gloria dio un rodeo monte a través con el fin de sortear a un hombre que, con un atavío como de robot, fumigaba las cunetas a lo largo de un sembrado. De niña siempre le había llamado la atención la saña con que los viejos campesinos, ancianos con dificultades para moverse a sí mismos, la emprendían con las malas hierbas, ayudándose de un pequeño azadón, o a mano, con sus dedos rígidos; las ansias que les poseían en su empeño de llevárselas por delante. El que iba de robot lo tenía más fácil: era más joven, más voluminoso y, al acabar, se metería en la furgoneta aparcada algo más allá y en un santiamén estaría en el bar del pueblo, dispuesto a seguir desarrollando la panza.

Mientras aceleraba el paso, Gloria se dio cuenta de que algo la había puesto de mal humor. Y no era aquel gordo que fumigaba vestido de robot; la fumigación, como mucho, podía ser el pretexto. Y, más que mal humor, lo que tenía era angustia. Vislumbró mentalmente, a modo de instantánea, los matojos revueltos tras la persona que los había estado espiando mientras era desvirgada. ¿Sería ese recuerdo? En su momento le tuvo sin cuidado. Incluso le suscitó cierto sentimiento de superioridad. Que fueran aprendiendo. No, no era de entonces la causa de su desazón, sino de ahora. ¿Por qué tenía que dar un paseo cada tarde? ¿Por qué se había impuesto ese rito? Más que la práctica de un ejercicio saludable era como si estuviera huyendo de algo. Qué cosa tan estúpida.

Hacerlo todo

Lo hablado tras el anuncio de la posibilidad de que tal vez hubiera que posponer el encuentro hasta el otro fin de semana –complicaciones de última hora– compensaba sobradamente el carácter adverso de la noticia. Además, lo importante era que se venían, aunque fuese una semana más tarde.

Habían hablado largamente, James y Georgina pasándose el teléfono, cada uno aportando su personal sugerencia, precisiones que, no por escuetas, dejaban de provocarle una especie de subidón en la nariz. Pero a Richard lo que más le ponía era formular sus propias precisiones, las palabras utilizadas según las iba pronunciando. De pronto se le ocurrió que Georgina tal vez venía con la idea de no tomar precauciones. Lo que le había contado una vez en Londres. No, en París. No tomar precauciones y, si quedaba embarazada, no hacer nada por saber quién era el padre, decía, y así acabar con el rollo ese de la familia tradicional, que hubiera varios padres, y James estaba completamente de acuerdo. Pues sí, también él estaba completamente de acuerdo.

Evocó una vez más su primer encuentro. Se produjo en una galería de arte de Locarno, con motivo de una exposición fotográfica de James. Richard había ido a cubrir la información y se cayeron bien los tres desde el principio, ya que James se apresuró a presentarle a Georgina, protagonista, por otra parte, de alguna de las fotografías expuestas; ella le contó que había estudiado diseño, pero que haciendo de modelo ganaba más con menos esfuerzo. En las pasarelas, claro, no de modelo fotográfica.

Con lo picoteado en la *vernissage* apetecía poco cenar, por lo que James propuso seguir picoteando algo en un bar. Richard se constituyó en guía y los condujo a uno particularmente acogedor, próximo a su apartamento. Por el camino Georgina le cogió de la mano entrelazando los dedos. El ambiente del bar estimuló el carácter distendido de sus bromas, la sensación de entenderse como si se conocieran desde siempre, y cuando Georgina le comentó que le encantaban los tangos pero que James no los sabía bailar, Richard se propuso como pareja y los invitó a subir a su apartamento. Lo propio de un fotógrafo es mirar, dijo James.

Ya en el apartamento, mientras Richard y James preparaban unas copas, Georgina se perdió en el baño. Cuando se reunió con ellos iba maquillada a lo tanguista, con la blusa lo suficientemente abierta como para que fuese obvio que se había quitado el sujetador, y con algo suelto en la falda a fin de poder lucir la pierna por entero cuando, según bailaban, determinadas posturas lo hicieran necesario. De forma imperceptible, y mientras un tango sucedía al otro, se fue desabotonando poco a poco el resto de la blusa,

hasta que también los pechos quedaron enteramente al descubierto, y algo hizo con la falda de forma que, a la vez que el muslo, apareciese asimismo el vello púbico, poniendo en evidencia que no llevaba bragas. Richard empezó también a despojarse de la camisa al darse cuenta de que James no lo estaba haciendo, sin dejar por ello de bailar, hasta que rompiendo el marcado hieratismo de un final de pieza, Georgina le abrió el cinturón y a partir de entonces todo se precipitó a un ritmo difícil de reconstruir retrospectivamente, tendidos ya los dos sobre la cama y completamente desnudos, los pechos de ella abatiéndose sobre su rostro para luego bajarse toda ella –la boca entreabierta– a lo largo de su cuerpo hasta quedar como agazapada ante su sexo, como al acecho, pero ya empuñándolo, ya acometiendo, mientas por encima de aquellos pelos revueltos aparecía James, también completamente desnudo, y tomándola por la cintura la ponía de cuatro patas, sopesándole –se diría– las posaderas, preparando con calma su propia intervención, sus inminentes embestidas. El comienzo de una noche que acabó bien entrada la mañana. Claro que era verano.

A partir de entonces, los encuentros se habían repetido regularmente, con mayor frecuencia en Londres que en Locarno. También en París, cuando Richard fue enviado a cubrir la información durante una temporada. Pero el recuerdo de aquella primera vez en Locarno superaba al de cualquiera de las que siguieron.

Salvo, acaso, al de otro encuentro en Londres. Aquella vez en la que, mientras yacían ya exhaustos, los cuerpos apenas en contacto, Georgina contó que hubo una época en la que, según les diera, alguna que otra noche hacía de puta en una calle determinada, cobrando y todo, a fin de no levantar sospechas, para luego contarle a James hasta el más mínimo detalle, algo que les excitaba extraordinariamente a los dos.

–Pero ¿tú qué hacías? –preguntó Richard.

–Lo que ellos querían –contestó Georgina–. Todo.

Entre lo conocido y lo soñado

El desayuno siempre lo servía Teresa. Luego se quitaba el delantal y supervisaba el protocolo diario: los trabajos de las camareras, la cocina, los pedidos pendientes y todo eso. Su físico parecía diseñado en función de ese tipo de actividades: una mujer de mediana edad, estatura mediana, rasgos amplios y optimistas, y muy charlatana. Era evidente que, para ella, servir el desayuno suponía no ya un desahogo, sino una forma de relacionarse con los huéspedes.

A Marcel le gustaba escucharla ya que, dada la perspicacia de sus apreciaciones, lejos de agobiar, resultaba estimulante. A mí lo que me gusta es ser mandada, que me den órdenes, dijo. Y se explayó en lo bien que, en este sentido, le había ido con la jefa desde que se conocieron, cuando la contrató para poner en marcha el hostal. ¡Quién me iba a decir a mí, que soy de Ríobajo, el pueblo rival desde siempre de Riofrío, que iba a terminar de segunda de a bordo del hostal!, dijo. Adoraba a la jefa, de la que había aprendido todo lo que sabía. Gloria es una fuera de serie, dijo. Lo que pasa es que ha tenido mala suerte con los hombres. Claro que en la relación de pareja es fácil tener mala suerte.

Marcel lo había achacado a una cuestión de timidez, pero las apreciaciones de Teresa acerca de Gloria, la jefa, como solía llamarla, le ayudaron a entender unas cuantas cosas. Pues mientras Gloria intercambiaba frecuentes comentarios con los huéspedes, muy raramente lo hacía cuando se trataba de un hombre que iba solo. De hecho, ella y él habían conversado únicamente una vez, en la terraza, de mesa a mesa, al agradable sol de la mañana. Una conversación de carácter más bien convencional en torno a los viajes. Gloria le había preguntado si viajaba mucho y él había contestado afirmativamente, por razones de trabajo, ya que, como solía suponérselo a todo suizo, él trabajaba para un banco, en el área de inversiones en el exterior, para ser precisos.

–¿Conoce Vd. Berna? –dijo.

–No –contestó Gloria–. Yo soy muy poco viajera.

–Pues es una ciudad pequeña pero muy bonita.

–Yo conozco sobre todo Estados Unidos. Y sólo algunas ciudades. Nueva York y San Francisco son las que más me han gustado. Pero mi ciudad preferida es París; fue mi primer viaje al extranjero con mi madre. Luego he vuelto varias veces. También me gusta Londres, claro. Pero, ya digo, soy muy poco viajera.

–A veces, hablamos de lo que nos gustó un lugar cuando, en realidad, lo que cuenta son los recuerdos que podemos tener de ese lugar.

–Sí –afirmó Gloria, tras dar una calada a su cigarrillo con aire absorto, mirándole como sin ver–. Muy cierto.

Luego hablaron de Riofrío, de los sitios que valía la pena conocer. Gloria le recomendó El Alarde, Peñas Altas, la Fuente del Herbolario y alguno más cuyo nombre Marcel no pudo retener.

Si eligió El Alarde para hacer una primera excursión, fue sobre todo por el nombre, por no ser capaz de imaginar con qué iba a encontrarse. Y acertó. La sorpresa empezaba ya –por lo brusca– con su mera aparición, al final de una cuesta en curva cerrada, la mole aquella alzándose al borde de un cortado sobre una sucesión de cultivos en estado de abandono. Se trataba no tanto de un edificio cuanto de un conjunto de volúmenes, con patios y dependencias ensamblados, todo ello en piedra de sillería. Más que de una construcción en estado ruinoso, la impresión que ofrecía era la de una obra inacabada, abandonada a su suerte justo antes de acometer los últimos retoques. Y, sin embargo, pese a lo inesperado de su aparición, para Marcel la primera impresión fue la de encontrarse ante algo familiar, algo ya conocido. Lo circundó despacio, a fin de contemplarlo desde todos los ángulos, hasta llegar al extremo opuesto, donde la base del muro se fundía con la copa de un inmenso sauce que brotaba del fondo del barranco. Sólo entonces cayó en la cuenta de que, más que ante algo ya *conocido*, se encontraba ante algo ya *soñado*. Una variante más de un sueño recurrente. Transitando por una carretera, por ejemplo, reparaba de pronto en la existencia de un gran edificio en estado ruinoso, parcialmente asaltado por la hiedra, en el que incomprensiblemente no había reparado hasta entonces. O bien, en el barrio antiguo de una ciudad, descubría que su casa lindaba con otra de proporciones mucho mayores y de gran belleza, como podía comprobar al recorrerla pieza por pieza, limpia como se hallaba de puertas y ventanas, ruinosa ya de puro abandonada. Y siempre, al igual que en este caso, se trataba de construcciones en piedra de sillería.

Lo difícil, ante el despliegue de muros de El Alarde, era datar la antigüedad del edificio, ya que no pertenecía a ningún estilo determinado. Alrededor de dos siglos probablemente. Ajeno, en cualquier caso, a esas fantasías tipo Ludwig de finales del siglo XIX. El Alarde no era imitación de nada ni pretendía ser algo distinto de lo que era.

De vuelta, ya en el pueblo, se encaminó como por inercia hacia El Casino, pero de pronto cayó en la cuenta de que lo que realmente le apetecía era sentarse tranquilamente en la terraza del hostal a la luz del atardecer.

No obstante, al atravesar la plaza, como obedeciendo a un impulso más que a un propósito, se metió en la farmacia. El sonar de la campanilla hizo surgir a Gracia de la trastienda, con gafas, empuñando un periódico doblado y un bolígrafo.

–¡Marcel! –exclamó con una sonrisa de júbilo–. ¡Fíjate que hace un momento pensé que a lo mejor te dejarías ver por aquí!

Se quitó apresuradamente las gafas. Es que estaba haciendo un sudoku, dijo. Marcel le comentó lo mucho que le había impresionado El Alarde.

–Tiene un atractivo con algo de irreal –dijo.

–Ya te lo dije –dijo Gracia–. Pero lo que más te gustará es Peñas Altas. Desde allí lo

dominas todo sin que nadie pueda verte a ti. Te sientes, no sé, muy libre.

Había entrado una pareja de cierta edad a tomarse la presión. Si quieres, te acompaño, dijo Gracia antes de perderse con ellos en la trastienda. Se lo digo a la suplente y vamos juntos.

A Marcel le resultaba atractiva aquella mezcla de ingenuidad y descaro que caracterizaba las maneras de Gracia y que, de un modo difícil de definir, repercutía en su presencia física. Y eso, desde la primera vez, ya cuando recién llegado a Riofrío entró en la farmacia a comprar un complejo vitamínico que se le había olvidado meter en la maleta, Gracia le había preguntado de dónde era y, al tiempo que se interesaba por él, le explicaba cómo era ella. Es que yo soy de una manera que me dicen a que no haces esto, y basta que me lo digan para que lo haga. Vamos, que si hay que dar la cara doy la cara, y si hay que mover el culo, muevo el culo, dijo.

Ya en la terraza del hostal, sentado ante una cerveza, se dijo que de no ser por su madre, tal vez ni habría caído en la cuenta de hasta qué punto su comportamiento se veía lastrado por la timidez. Compararse con los chicos y chicas del instituto, por ejemplo, no era significativo, ya que, salvo contadas excepciones, para la mayoría todo quedaba en palabras, con las que pretendían dar realidad a sus fantasías eróticas, a sus deseos reprimidos. Y fue su madre quien le ayudó a centrar el problema al preguntarle abiertamente en una ocasión si él era gay, vamos, si le gustaban los chicos. Le creyó de inmediato cuando él dijo que no, que nunca se había sentido atraído por chicos, que lo que le gustaba eran las chicas. Ya –dijo ella–; lo que pasa es que eres tímido y eso tiene arreglo. A veces, los más tímidos se convierten en los más audaces. Y la verdad es que me alegra que no seas gay, aunque no vayas a creer que el que lo fueras hubiera representado para mí un drama. Ahora los jóvenes son de otra manera; lo tenéis todo muy clasificado. Pero en mi época se llevaban mucho las orgías. Y en las orgías pasa de todo: lo único que cambia es el verdadero objeto del deseo de cada uno. Y si lo que en fondo te atrae no es una colita, puedes estar tranquilo: no eres gay, dijo.

Habría que ver, pensó Marcel, hasta qué punto esa timidez tan certeramente detectada por su madre no estaría relacionada con el panorama que, precisamente ella, nunca dejaba de mencionar cuando evocaba los años pasados en Locarno, la utópica voluntad de armonía imperante en aquel grupo de amigos y amigas entregados a la más absoluta libertad sexual. Es decir: a una serie de actos que Marcel se sentía incapaz tanto de proponer como de poner en práctica. ¿Por qué, además, esa ausencia de recuerdos relativos a Locarno, para él poco más que una imagen del lago, una instantánea fotográfica, una vista de tarjeta postal? Bien que recordaba, por ejemplo, la Costa Azul, el verano que le llevaron a Saint-Tropez, así como los diversos hechos y figuras de la misma época. Si, por el contrario, sus recuerdos de Locarno eran tan vagos, sobraban motivos para suponer que los había borrado de la memoria tanto por lo que pudiese haber visto como por lo que le hubieran contado. Nada tan significativo en este sentido como el hecho de que no guardase el más mínimo recuerdo de quien oficialmente era su padre. Claro que, cuando se produjo el divorcio, mientras él se iba a Milán, la madre se vino a Berna sin que nunca más volvieran a verse. Marcel, sin embargo, recordaba

perfectamente la llegada en tren a Berna, donde su madre iba a hacerse cargo de un hotel de apariencia algo más modesta que el que había regentado en Locarno.

El vacío creado en torno a la identidad de su padre real era de carácter muy distinto. Marcel nunca llegó a conocerla con certeza, ya que según su madre, ni siquiera él –el padre real– estaba al corriente del hecho. Su idea era, en el momento oportuno, organizar un encuentro, y que se conocieran, con la seguridad de que ambos se iban a quedar encantados.

No obstante, Marcel siempre tuvo a este respecto una sospecha, o mejor, una certidumbre imposible de constatar. Y es que cuando su madre evocaba los tiempos de Locarno, los amigos de entonces, siempre hablaba con especial entusiasmo del Dr. Santiago y de su mujer, una pareja española con la que, con anterioridad al divorcio, habían mantenido una relación particularmente estrecha. Cuando las vacaciones, tenían por costumbre pasarlas juntos, cada año en un lugar diferente. Su madre destacaba sobre todo las pasadas en un pueblo de montaña llamado Riofrío, el territorio del Dr. Santiago, decía.

Probablemente, pensó Marcel, su madre había proyectado ponerle al corriente de todo en cuanto él alcanzara cierta edad. Sólo que murió poco antes de que llegara ese día. Antes también, muy poco antes, de que muriese asimismo su padre oficial, allá en Milán. Como si ambos se hubieran puesto de acuerdo al menos en eso.

La granja

Richard releyó de cabo a rabo lo que había escrito:

Los humanos los llamaban *superhombres* no porque conocieran el significado de la palabra, sino porque era la forma de llamarlos que habían aprendido desde pequeños, una palabra que designaba algo, una palabra como agua o comida o dormir.

Habían llegado en el pasado –nadie sabía ya cuándo, si hacía cientos o miles de años– y rápidamente se hicieron con el control del planeta. Físicamente eran como los humanos, pero de tamaño dos o tres veces superior, y de una armonía corporal y facial extraordinaria. También eran mucho más fuertes e inteligentes, si bien conforme a una lógica incomprensible para los humanos. Tan incomprensible como sus pautas morales de conducta, algo que, para su desgracia, a los humanos se les hizo evidente de inmediato.

Para los humanos, los superhombres eran mudos, ya que sus movimientos de boca no se correspondían con sonido alguno. Ignoraban que la explicación era otra, que se trataba de una simple cuestión de frecuencia, de que hablaban en una frecuencia de sonido que el oído humano no podía captar. Para los superhombres, por su parte, la percepción de la voz de los seres humanos resultaba asimismo un tanto distorsionada o entrecortada, similar a una sucesión de gruñidos.

El nivel tecnológico de los superhombres –inimaginable para los humanos– les permitía trasladarse de forma poco menos que instantánea de su propio planeta a cualquier otro de los que habían hecho suyos, la Tierra entre ellos. Su presencia aquí tuvo desde el principio un carácter esencialmente utilitario. Las bellezas paisajísticas o los monumentos de su pasado cultural parecían tenerles sin cuidado. Si el planeta interesaba era como fuente de producción de alimentos, de carne humana concretamente, a la que habían cogido gran afición a diferencia de la de los restantes animales de cualquier especie existentes en la Tierra. Del cuerpo masculino gozaban de especial aprecio los testículos, por lo que había instalaciones especializadas en su producción donde, mediante la administración de determinadas sustancias, se conseguían piezas de entre tres y cinco kilos de promedio. Del cuerpo femenino, más que los ovarios, era especialmente apreciado el feto, del que, merced asimismo a determinadas sustancias, se obtenían ejemplares de entre diez y doce kilos cuando su desarrollo era ya prácticamente el de un bebé; al ser imposible un parto natural, la inmolación de la madre se hacía inevitable.

El sacrificio, fuera cual fuese la especialidad cultivada, era siempre de carácter serial. En el momento oportuno se procedía a inundar el módulo subterráneo en el que se hallaban confinados aquellos seres a los que les había llegado la hora. Estaba demostrado que ningún otro sistema dejaba la carne de los sacrificados tan en su punto en lo que a relajación y distendimiento se refiere. Los residuos corporales eran utilizados para elaborar un pienso que, enriquecido con determinadas sustancias potenciadoras, constituían la base de la alimentación de los humanos.

Ni que decir tiene que, sometido a semejantes condiciones de vida, el ser humano había experimentado una profunda regresión, ya que privado de toda clase de práctica educativa –no ya leer o escribir, sino asimismo el mero acceso a conocimientos de carácter cultural o histórico susceptibles de ser transmitidos verbalmente–, su habla, su capacidad de expresión, se reducía a unos pocos términos de carácter utilitario, y su conducta, en el exiguo espacio del que gozaba, solía ser arisca y levantisca.

Acabada la lectura, Richard se incorporó y, con las manos en los bolsillos, cruzó varias veces la estancia en ambos sentidos. Se detuvo ante la ventana y miró al lago como sin verlo. Al darse la vuelta, se contempló reflejado en el espejo.

–Lo tuyo es la novela, amigo mío –dijo–. No el periodismo.

Vete tú a saber por qué

Un despertar de los que ya te han arreglado el día. El zumbido de varias sierras mecánicas sonando simultáneamente, no ya en áreas próximas al bosque, sino en el interior del cráneo, detrás de los ojos, antes siquiera de que los hubiese abierto. ¿Cómo iba ella a oír el canto de aquel pequeño pájaro de tonos azulados que cada mañana parecía empeñado en reclamar su atención desde las ramas situadas frente a su ventana? Lo más probable era que ni siquiera lo hubiera intentado, que se hallara saltando en pos de su pareja en cualquier otro lugar más apacible. Pero no se trataba sólo del zumbido en sí de las motosierras –aquella mañana, intempestivamente próximas, por lo general, más lejanas–, sino del efecto, por alguna razón deprimente, que aquel clareo del bosque, iniciado semanas atrás, ejercía sobre el ánimo de Gloria.

Mientras desayunaba, pensó que era el momento adecuado para liquidar asuntos pendientes, cosas a las que había ido dando largas por su carácter poco grato: realizar determinadas compras, devolver llamadas, revisar las cuentas, hablar con el banco. Eran cosas que años atrás emprendía con normalidad y hasta con entusiasmo. Acababa de inaugurar el hostal y tales actividades formaban parte de la rutina asumida, algo así como el combustible necesario para su buena marcha. Sólo de un tiempo a esta parte empezó a resultarle fatigoso y poco a poco fue delegando en Teresa la mayor parte de todo ello.

Lo que le resultaba más insoportable era la compra. No ir a tal o cual sitio a comprar algo, sino la compra matutina entendida como ceremonia de relación con la gente del pueblo, representada por las amas de casa. Las historias familiares, centradas siempre en la narradora, en el perfil con que la narradora desearía figurar en el retablo del pueblo. Sus gustos, sus costumbres, sus fobias. Lo poco que hoy día puedes fiarte de la gente. La solución que ha encontrado a determinado problema. Sus recetas, sus remedios, sus consejos, sus recomendaciones. «Pues yo...», decía una. «Pues mira que yo...», decía otra. «Pues lo que es yo...» Sus voces se cruzaban, se solapaban e inevitablemente todas las presentes terminaban hablando a la vez, chillonas y ávidas como aves de presa aplicadas a un despiece, similar al que ante sus ojos, al otro lado del mostrador, la carnicera le practicaba a un pollo o a un trozo de costillar limpiamente orillado de blanco. En un momento determinado, el barullo se amansaba de súbito, y las miradas de todas se concentraban en las diestras manos de la carnicera. «Me he fijado –dijo una a la que acababa de ser atendida, cuando ya se iba– en que tú siempre te gastas más dinero que yo. Y, sin embargo, yo tengo muchos más cuartos que tú. ¿Cómo te lo explicas?» ¡Bingo!, hubiera querido decir Gloria. Pero no lo dijo.

Había guardado la farmacia para el final. A estas horas, tanto las mamás con críos como los jubilados habían hecho ya sus compras y ella y Gracia solían encontrar un hueco para una breve charla. «La verdad es que yo nunca he necesitado tomar nada ni para hacer pis ni para lo otro», dijo Gracia. «En cuanto al pis, lo hago muchas veces, como los hombres.» Se había situado justo frente a ella, arrimada al mostrador. Sonreía también con los ojos. «Una tarde estaba en casa de unos amigos y me entraron ganas de hacer pis. A veces me da pereza sentarme en el retrete y lo hago en el lavabo, levantándome la falda y apartando las bragas, apoyando el pompis. Y en ésas, se abre la puerta y entra una niña que me mira con ojos como platos; se conoce que me había olvidado de pasar el pestillo. Entra y cierra, le dije. Ahora, porque no llegas, pero cuando seas mayor también tú lo harás así, le dije. Verás cómo te gusta más. Pero es un secreto entre tú y yo, no tienes que decírselo a nadie, le dije. La niña se quedó encantada y, desde luego, no se lo dijo a nadie. Lo que no sé es si ahora también ella lo hace.»

Gloria regresó al hostal con paso desenfadado. Era lo bueno de Gracia: que tenía la virtud de cambiarle el estado de ánimo. Le hubiera gustado decírselo, que llevaba la gracia en el nombre o un juego de palabras parecido. Anotaría lo del pis y lo añadiría a las restantes notas que iba tomando acerca de la vida en el pueblo. La más extensa era la relativa a los hechos en torno a una boda que presenció al poco de inaugurar el hostal. Pero Gracia protagonizaba la mayor parte de las restantes. Tenía que ver la forma de estructurarlo todo en un relato del que Gracia, sin ser la voz narradora, fuera el principal personaje. La voz narradora debiera corresponder a una persona que llega al pueblo y poco a poco va entrando en su vida cotidiana. De ser inglesa seguro que ya la habría escrito.

Lo más atractivo de la idea era el hecho de que, escribiendo, se descaraba. Todas las reservas que solían interponerse en sus relaciones personales desaparecían a la hora de sentarse a escribir. Era como si se convirtiera en otra persona. Su madre, que siempre la relacionaba con la tía Gloria, se hubiera llevado una sorpresa. «Más que a tu madre, tú has salido a tu madrina», le gustaba repetir. Tía Gloria era la hermana mayor, y como llevada por un estricto sentido del deber, su vida había sido en todo la de una impecable madre de familia. «Ni conocía ni le hubiera cabido en la cabeza la vida sexual que llevábamos tu padre y yo: apreciaba mucho a Santiago y, vamos, que ni creérselo. Nos llevábamos pocos años, pero ella era como de otra generación. O de otro siglo.» Al parecer, escribía poemas, aunque nunca los había llegado a publicar. «Yo leí alguno y no parecía que los hubiera escrito una mujer como ella. Eran oscuros, profundos, costaba saber de qué estaba hablando, o a qué se refería», le había dicho su madre. ¿Y si justamente fueran de contenido sexual?, pensó Gloria. En cualquier caso, ya no había forma de saberlo: tenía entendido que no se había conservado ni uno solo.

Aquella tarde resumió en una breve nota su visita a la farmacia, las palabras de Gracia, lo del pis. Para estas cosas prefería no utilizar el ordenador; escribía a mano y guardaba las cuartillas en una carpeta. Sin duda era una mera cuestión de hábito, de verlo hacer a sus padres y pensar que el ordenador era para otras cosas. Ahora mismo no le apetecía ni abrirlo; la correspondencia podía esperar.

Tomó el archivador en el que se guardaban las cartas y anotaciones escritas por su padre en Locarno; teóricamente, pues cabía la sospecha de que su madre hubiera realizado una limpieza de las de carácter más íntimo, ni más ni menos que las que Gloria andaba buscando. Con toda probabilidad era su actitud, ese escepticismo ya de entrada, lo que le impedía animarse a poner un poco de orden. ¿Por dónde empezar? ¿A partir de qué? Hojeando al tuntún, no tardó en dar con un escrito que, por el tono, parecía relacionado con el del Rousseau, tal vez anterior, tal vez posterior al que había leído días atrás.

«Éstos son los hechos, Dr.», dijo.

> Un joven alemán es movilizado al comienzo de la Segunda Guerra Mundial y enviado a Francia dentro del contingente de las fuerzas de ocupación. Entra en París sin disparar un tiro y es destinado a una guarnición de provincias.
>
> El trato con la gente del lugar es distendido. Incluso entabla una estrecha relación amistosa con una secretaria del ayuntamiento; y si no llegan a más es, sobre todo, por las estrictas órdenes establecidas al respecto por sus superiores.
>
> El soldado no es ni ha sido nunca nazi. Es de origen parcialmente judío, aunque a raíz de unos desórdenes antisemitas ocurridos a principios de siglo, la familia cambió de apellido y de ciudad y ya nadie que los conozca está al tanto de sus raíces. Pero, de repente, el soldado pierde todo contacto con ellos. La última noticia es que andan buscando un lugar más seguro a causa de los bombardeos.
>
> En Francia, la tranquilidad inicial se desvanece poco a poco: corren rumores de atentados y emboscadas a cargo de los maquis. Luego llega el desembarco aliado. La retirada. El contraataque alemán. La retirada definitiva.
>
> Cuando vuelve a pisar suelo alemán, el país está ya prácticamente ocupado por los aliados. Con ropas de civil emprende a pie el regreso a su ciudad, a su hogar; el caos es demasiado grande para que nadie le preste atención.
>
> Le cuesta trabajo reconocer las ruinas de su casa, perdidas entre las demás ruinas: así, las calles, el barrio entero, todo parece más pequeño. Alguien le informa de que sus familiares y algún que otro vecino habían sido víctimas de una delación y concentrados no se sabía exactamente dónde. Las noticias al respecto eran contradictorias.
>
> Años de reconstrucción: de su ciudad, de su entorno, de su vida, de sí mismo. Un verano se animó a volver a Francia, al pueblo en el que había estado destacado durante la guerra sin haber disparado un solo tiro. Le contaron que, cuando la liberación, su amiga la secretaria había sido rapada y represaliada. Nadie conocía su actual paradero.
>
> A partir de un momento determinado se empieza a recuperar el empleo del tiempo, el retorno a la rutina diaria, a los hábitos más próximos a la vida que se llevaba antes; simple cuestión de ritmo. Y se silencia lo sucedido. O se convierte en un tema de película.

«Es como el lago», dijo. «Cuando hay tormenta se vuelve irreconocible».

Lo cierto era que aquí no se mencionaba al Rousseau, pero al igual que en el texto anterior, la persona que hablaba se dirigía a su oyente llamándole Dr. Y a continuación del último párrafo, separado de todo lo anterior por tres asteriscos, otra breve anotación:

«Posible nombre: Dr. Bertrand».

¿Cómo interpretar aquello? ¿Por qué esa duda respecto a un nombre? ¿Un dato que no se recordaba o del que no se estaba seguro? ¿Un nombre inventado? ¿Un apodo? Con todo, la verdad es que no se sentía impresionada por el relato. El mero hecho de salir con

vida de semejante sucesión de calamidades hubiera tenido en ella un efecto alentador, estimulante; algo que te anima, que te permite apreciar mejor la realidad cotidiana y, en este sentido, ser más feliz.

Si ella fuera médico como su padre, el diagnóstico, a su entender, sería que el sujeto en cuestión –ese paseante al que llamaban el Rousseau– más que víctima de su pasado, lo era de su situación presente, de la vida que llevaba en Locarno.

III

El Moro

www

Acerca de mi edad, diré simplemente, a título orientativo, que los noventa ya no los cumplo. En definitiva, la edad no es cuestión de años sino de mente y, mentalmente, yo soy un hombre maduro –eso no voy a negarlo–, pero en pleno uso de mis facultades intelectivas. Un hombre, además, que ha vivido mucho. De ahí que me parezca oportuno dejar constancia, a través de una página web, por escrito y de viva voz, de las experiencias por mí vividas, tanto por la utilidad que ello pueda tener para quienes ni saben de mi existencia, como para evitar que determinados sujetos que me conozco acaben dando una visión sesgada y hasta malintencionada de tales vivencias. La presencia de la voz, en este sentido, me parece importante, ya que viene a ser en relación a lo relatado lo que las huellas dactilares respecto a lo tocado. Y, pensándolo bien, para que todo quede bien claro y no se malinterprete mi actitud inicial respecto a la edad, diré ahora que no tengo reparo en admitir que tengo noventa y seis años, tres más que mi mujer, una persona más callada que yo pero no menos firme, cuya salud física y mental sigue siendo desde que nos conocimos –hará pronto tres cuartos de siglo– en nada inferior a la mía, a Dios gracias, como solía decirse.

Nací en un pueblo de la sierra llamado Riofrío, en una de las casas de mayor presencia del lugar, contigua a la plaza de la iglesia. Mi padre era rentista y podría haberse construido sin problemas una de esas villas que por aquel entonces empezaban a proliferar a las afueras del pueblo, pero él prefería vivir en el centro, cerca de El Casino, donde cada tarde se encontraba con sus amigos. Allí tenían su tertulia y jugaban a cartas; la partida de póquer de los sábados era de ritual. Conmigo jugaba al Monopoly, un juego, decía, que te ayuda a entender como ningún otro la realidad de la vida.

Me eduqué en un colegio religioso en régimen de internado. Ahora se habla mucho de abusos sexuales y todo eso, pero lo cierto es que en aquellos años no tuvimos noticia ni de un solo caso; más aún, ni conocíamos la expresión. Además, desde edad muy temprana, inducidos tal vez por las enseñanzas del profesor de Historia, que era seglar, mis preocupaciones, así como las de algún que otro amigo, fueron fundamentalmente de carácter social. Y al acabar la enseñanza secundaria y matricularme en la Escuela Superior de Comercio, yo mismo me consideraba ideológicamente marxista. Se da el caso, además, de que como por aquella época estaba de moda dejarse la barba, la mía me daba cierto parecido con Karl Marx, y así como a él, en virtud de su aspecto, sus amigos le llamaban *The Moor*, El Moro, los míos no tardaron en aplicarme el mismo apodo. Un apodo que me ha acompañado toda la vida y que, en mis años de exilio y ante

determinadas circunstancias, incluso he llegado a utilizar como apellido.

Más que leer a Marx –ni siquiera el *Manifiesto* de cabo a rabo–, más bien he leído libros acerca de su pensamiento, algo –creo yo– mucho más práctico. Lo importante es tener bien claro el punto central de su mensaje: la necesidad de acabar con la explotación del hombre por el hombre. Una conclusión que no podía dejar de provocar discusiones con mi padre, que era en verdad lo que suele entenderse por una bellísima persona, pero incapaz, por la educación recibida, de entender estas cosas. ¡Pero, hijo, lo que tú llamas explotar es dar trabajo! ¡Y, gracias a ese trabajo que les das, se ganan la vida!

Donde sí encontré una audiencia entusiasta fue en El Ateneo del Progreso, un bar que se abrió por aquellos días para quienes no soportaban el señoritismo de los asiduos al Casino. De hecho, no sería exagerado afirmar que me convertí en una especie de sumo sacerdote de sus tertulias. Se trataba, claro está, de chicos del pueblo, con estudios que no iban más allá del grado elemental, y una persona que supiera explicarles de forma razonada las noticias y declaraciones que les llegaban a través de la radio y de los titulares de los periódicos se hacía de inmediato con un gran ascendiente sobre todos ellos. Y eso es exactamente lo que sucedió conmigo: cuando me di cuenta, me había convertido ya en su líder.

Los problemas empezaron cuando llegó al pueblo lo que ha dado en llamarse la revolución, o la guerra, término que prefiero, ya que, revolución, lo que se entiende por revolución, aquí no la hubo, y sí, en cambio, un uso desmedido de armas de guerra. Claro que por estos parajes tampoco hubo enfrentamientos armados propiamente dichos. Inicialmente, mis amigos del Ateneo, capitaneados por un tal Celestino, proclamaron la revolución, se hicieron con el ayuntamiento y se constituyeron en milicia revolucionaria. Hubo fusilamientos y desmanes hasta que, meses después, llegaron las tropas gubernamentales que, tras poco más que un intercambio de disparos, se hicieron con el control del pueblo. A partir de ahí se produjeron nuevas ejecuciones –naturalmente, de signo contrario–, eso sí, precedidas al menos de un juicio, por lo general de carácter sumarísimo.

Será que las fotos de aquel entonces eran en blanco y negro, pero el caso es que mis recuerdos de todo aquello son también en blanco y negro, colores cuya mezcla produce el gris. Me veo a mí mismo presidiendo alguna de aquellas reuniones en el salón de plenos del ayuntamiento, en el que, alcanzado un rápido consenso, se condenaba a muerte a determinadas personas o personalidades, por el mero hecho de ser quienes eran, sin considerar siquiera necesaria su presencia. Yo, por supuesto, estaba en completo desacuerdo: no podía aceptar que una persona, por ser algo más adinerada que los demás, o de convicciones religiosas o por tener un cargo, fuese una explotadora y mereciese por tanto la pena capital. Todo brote revolucionario, a imagen y semejanza de la Revolución francesa, atraviesa en un momento u otro la fase que ha dado en llamarse El Terror, y a mí me tocó vivir una de ellas como sujeto pasivo. Y es que, si por una parte yo no estaba en absoluto de acuerdo con lo que sucedía a mi alrededor, por otra, hubiera sido una verdadera locura plantarles cara, ya que corría el riesgo de ser considerado de inmediato un traidor, un infiltrado, y de correr la misma suerte que más

de uno de los condenados.

Secretamente, eso sí, hice llegar un mensaje a un buen amigo de mi padre, bien situado en las esferas gubernamentales, haciéndole saber que temía por mi vida y que, tal y como estaban las cosas, no tenía otro remedio que exilarme. Y así lo hice, aunque esperase para ello la inminente llegada de las tropas gubernamentales, a fin de justificarme así ante Celestino y sus milicias. Por otra parte, de haber aguardado la entrada de los gubernamentales, corría el riesgo cierto de que me sometieran a juicio en calidad de cabecilla de los revoltosos y acabar como otros ante el pelotón de fusilamiento, el propio Celestino, sin ir más lejos.

Toda persona de mentalidad progresista debe ser astuta como la serpiente, que diría Jesucristo. Y, en igual medida, ser fiel a mí mismo por encima de todo. Fui progresista de joven y, no menos que entonces, sigo siéndolo ahora.

Tirantes rojos

Tenía un mensaje. James confirmaba que había que retrasar el encuentro hasta el siguiente fin de semana.

Richard contestó de inmediato: «¿Y si nos encontráramos en París?».

Aguardó unos minutos ante la pantalla, pero no hubo respuesta. Llamó entonces a los dos teléfonos. Contestador automático en ambos. No dejó mensajes.

Volvió al ordenador. «¡Lo que me faltaba!», escribió a modo de nuevo mensaje. «¡Con las ganas que tengo esta tarde de escribir mi columna! La cumbre empieza a tener algo de disco rayado: los chicos de las pancartas, el músico callejero interpretando una y otra vez el *Sueño de amor*, de Liszt, los participantes entrando como quien va al teatro... Lo mejor son los rumores que corren: que si han organizado las reuniones para que parezca que se preocupan por la gente, que están haciendo algo; que los más importantes ni siquiera están realmente presentes, que han mandado un doble, etc. Bueno, luego hablamos por teléfono. Las palabras hay que oírlas. Por escrito no te ponen.

»P.D. Lo de París es por si os resulta más fácil.»

Mandó el mensaje y volvió a la página de la crónica, reanudando la redacción.

Antes de tomar la palabra, el ponente se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo del asiento contiguo, quedando así en mangas de camisa, una impecable camisa blanca adornada no tanto por la vistosa corbata cuanto por unos llamativos tirantes rojos que no hacían sino reafirmar su voluntarioso corpachón. Acodado ante el micrófono, todo en él, absolutamente todo –la presencia física, la sonrisa campechana, la mirada firme, la voz profunda– forzaba a prestar atención a sus palabras. Manos a la obra, parecía estar diciendo.

Todo negocio genera otros negocios de objetivos contrapuestos que terminan siendo complementarios, comenzó diciendo. Y como ejemplo más inmediato por su carácter común y cotidiano, puso el de la llamada comida basura, un hábito alimenticio de carácter adictivo que, debido a sus consecuencias en el organismo, estaba en el origen de un sinfín de negocios de lo más diversos. Pues no se trataba sólo de los desarrollados en torno a las diferentes formas de contrarrestar esas consecuencias –regímenes de adelgazamiento, medicamentos, ejercicios especiales, reducción quirúrgica de peso y volumen, cirugía estética–, sino de facilitar en los terrenos más variados la vida cotidiana de las personas afectadas, lo que daba pie a una demanda de productos no menos diferentes, desde tallas especiales de ropa a tantos otros objetos de uso común igualmente especiales por su amplitud, asientos, puertas, lechos, colchones, sanitarios,

etc.

Un ejemplo sin duda susceptible de ser aplicado a la industria farmacéutica considerada en su conjunto debido a los efectos secundarios de todo medicamento, secuelas que tarde o temprano deberán ser afrontadas seriamente. Ahora bien, ¿habrá que culpabilizar por ello a los laboratorios farmacéuticos, que tanto dinero invierten en investigación a fin de paliar unos efectos secundarios por otra parte cuidadosamente advertidos hasta un casi excesivo grado de alarmismo en el prospecto que acompaña el producto? ¿Su consumo no respondía a una necesidad del consumidor más claramente aún que en el caso de la comida basura, a su libre elección, informado como está de las consecuencias que puede acarrearle, a un ejercicio de libre albedrío? Saco a colación este ejemplo, dijo, por no referirme al negocio que pueden generar determinados acontecimientos de carácter más circunstancial, una guerra, una catástrofe, una crisis política o económica. Más circunstancial, pero no por ello menos controvertido, dijo.

A lo que sí se aplicó, en cambio, fue a detectar la fuente de negocios que puede legar a constituir lo que en principio nada tiene de negocio: el ejercicio de una virtud como la caridad –ayudas al Tercer Mundo, ONG de todo tipo, etc.– o la atención a diversas formas de dependencia –artefactos ortopédicos, residencias, viajes organizados, etc.–, que si no cubren, cuando menos ayudan a paliar ese gasto monstruoso que supone la Seguridad Social. O lo que es lo mismo...

Richard hizo aquí una pausa, como meditando la continuación de la frase iniciada, sólo que, en lugar de hacerlo, salió de la página y miró si había mensajes nuevos. No los había.

Para todos los gustos

Hacía un tiempo agradable y Marcel tomó asiento ante una de las mesas situadas en el exterior de El Ateneo. Al poco aparecieron sus interlocutores de la otra tarde; parecían dirigirse al interior del bar pero, al divisarle, torcieron el rumbo y se aproximaron.

–¿Qué, consiguió hablar con Carlitos? –preguntó el del pelo blanco. Le miraba con ojos risueños, con la ansiosa complicidad de quien comparte un secreto.

–Pues sí, ya lo creo –contestó Marcel–. Pero hagan el favor de sentarse y pedir algo. Por cierto, que todavía no conozco su nombre.

–Llámeme el Manzana que es como me conoce todo el mundo.

–Por lo que veo, aquí todo son apodos.

–Qué quiere, estamos en un pueblo. A Vd. ya empiezan a llamarle el Guillermo Tell. ¿Y qué averiguó del Dr. Santiago?

–La verdad es que nada. Carlitos me habló de uno. Pero el que yo digo es de hace mucho menos tiempo.

–Sabe qué pasa, que Carlitos es, como si dijéramos, el cronista de Riofrío. Lo sabe todo de todas las familias y de sus antepasados, de cómo se han ido emparentando y todo eso. Cuando hay un funeral, el cura le consulta siempre para ver qué puede decir del difunto.

–No, si sabe muchas cosas. Pero del Dr. Santiago no pudo aclararme nada.

–Es que sin conocer el apellido...

–Ya, ésta es la cuestión. A lo mejor podría intentarlo en mi país, en Locarno, ya que también allí ejerció de médico. Pero el problema iba a ser el mismo. Y tampoco sabría a quién preguntar.

–¿Y no será que aquí, a Riofrío, venía como veraneante? Entre la gente que pasa aquí las vacaciones hay muchos médicos. Yo sé de uno que se ve que es de fama mundial.

–No es lo que tengo entendido. Y eso sí que sería como buscar una aguja en un pajar.

–Pues si Carlitos no sabe nada, mal asunto.

–Ya. Me contó muchas cosas de cuando la guerra. Algunas, terribles.

–Lo del Celestino y todo eso, supongo. Es que es lo suyo. Más de un historiador ha venido expresamente para hablar con él.

Su acompañante carraspeó. El rostro se le había configurado en torno a una amplia sonrisa, la del presentador que se halla en posesión de un dato ansiosamente esperado por la audiencia.

–Aquí, hubo de una parte y de otra y a veces sólo se cuenta lo que interesa –explicó–.

¿Le habló, por ejemplo, del Moro?

–¿El Moro? No recuerdo... Del Celestino. Y del Pastor...

–Pues el verdadero ideólogo, el que calentó los cascos al Celestino, fue el Moro.

–Porque era un chico con estudios, hombre –dijo el Manzana–. Un idealista. Y va el otro y se lo toma todo al pie de la letra.

–Y al Celestino lo fusilan y él, en cambio, escapa, se va al extranjero, vuelve al cabo de unos años, forrado de dinero, y ahora es el hombre más rico de la comarca.

–¿Y de cuántas muertes es responsable?

–Directamente, de ninguna. Pero sus ideas, de muchas. Si a eso le quieres llamar idealismo...

–Es lo que estaba en sus lecturas. Él repetía lo que había leído. También se dejó barba, entonces ningún joven la llevaba, para parecerse a Marx. Pero una cosa es la teoría y otra, la práctica.

–Desde luego: por eso volvió forrado. Estuvo unos años viviendo en París, en Ginebra, en Tánger y, a la vuelta, nadie le dice nada y él va y se construye el chalé más lujoso del pueblo. Lo tiene Vd. que haber visto por fuerza, a las afueras del barrio de La Bolera, aquel de tejados de pizarra con un jardín tan grande.

–Creo que sé cuál es –dijo Marcel–. Por cierto que no sé cómo llamarle. No me ha dicho Vd. su nombre.

–Agapito.

–¿Es nombre o apodo?

–Nombre, nombre.

–Como habrá Vd. observado, Agapito la tiene tomada con el Moro y, a veces, se olvida de todo lo demás –dijo el Manzana, como intentando reconducir la conversación.

–Yo no me olvido de nada –dijo Agapito–. Pero mientras los demás están muertos, el Moro tiene la mejor casa del pueblo y, si vive en la ciudad y aquí apenas se deja ver, es porque Riofrío es poco para él, y como ya está mayor sus hijos le llevan los negocios que ha ido montando, a cuál más próspero. Eso sí, uno de sus nietos –a los que ha llevado a los mejores colegios del mundo– murió hará cosa de un año, de sobredosis. Pero bueno, algún disgusto había de tener, el pobre.

–Pues sí, un hombre con suerte, aparte de lo del nieto –dijo el Manzana–. Pero vamos a lo que yo decía: el verdadero golpe de suerte lo tuvo al poder escapar cuando entraron los gubernamentales, porque desde luego que si lo pillan entonces, lo fusilan.

–O no –dijo Agapito–. Vete a saber si no tenía ya sus contactos.

–¿Que no lo hubieran fusilado? ¡Venga, hombre! Todo el mundo sabía que era como el maestro del Celestino –dijo el Manzana.

–¡Entonces, en qué quedamos! –exclamó, con ojos triunfales, Agapito–. ¿Era o no era responsable de lo que hiciera el Celestino?

–Pues si quieres que te diga la verdad, creo que con el Moro o sin el Moro, el Celestino hubiera hecho exactamente lo mismo. Todas sus ideas podían resumirse en una sola: había que acabar con los explotadores.

–Que es lo que predicaba el Moro.

–No: el Moro decía que había que acabar con la explotación del hombre por el hombre, que no es lo mismo. Y para el Celestino, la mejor forma de acabar con la explotación era acabar con los explotadores. Hacer con los explotadores lo que él hizo con el alcalde: llevarlo a Peñas Altas y despeñarlo. Y luego, medio en broma medio en serio, decía que lo había condenado por gordito; se ve que entonces la gente era más flaca.

–Por lo que contó Carlitos, para crueldades, nadie como el Pastor –dijo Marcel.

–Qué quiere que le diga –dijo el Manzana–. Yo creo que eran tal para cual. Se ve que, ya de niño, al Celestino le gustaba ensartar gatos mientras dormían con esas horcas tan afiladas que se usan para remover el estiércol, y tenerlos ahí, removiéndose, hasta que morían. Lo curioso es que luego quiso ser cura, pero no le admitieron. Se ve que lo de llamarse Celestino venía de esa época: quería ser el padre Celestino. Porque, en realidad, se llamaba Florencio.

–De cura a verdugo –dijo Marcel–. Le advierto que hay precedentes.

–Pues suerte tuvo el cura de aquí de huir a tiempo –dijo el Manzana–. De paisano y con un bigote postizo. Hubiera hecho compañía al alcalde en Peñas Altas.

–Más suerte que el Dr. Pascual –dijo Marcel–. Carlitos me contó cómo lo cazaron.

–Se ve que el plan de Celestino era juntar a los tres en Peñas Altas –dijo el Manzana–. Y se puso furioso con el Pastor al enterarse de lo que había pasado.

–Si es que realmente pasó lo que nos contaron que pasó –dijo Agapito.

–¿Qué quiere Vd. decir? –dijo Marcel.

–Que, a lo mejor, el Dr. Pascual tuvo tanta suerte como el cura –dijo Agapito.

–Quiere decir que logró huir y que la historia que se cuenta fue un invento para cubrir su fuga –dijo el Manzana, con cierto hastío–. Es una teoría que no comparto.

–¿Sabes de alguien que lo haya visto muerto? –dijo Agapito.

–¿Y tú sabes de alguien que lo haya visto vivo? –dijo el Manzana–. Porque al Sr. cura sí se le ha vuelto a ver.

–Es que a lo mejor dejó de ser Dr. y de llamarse Pascual.

–¿Qué quiere decir? –volvió a preguntar Marcel.

–Pues que, por lo que se ve, el Dr. Pascual tenía mucha fantasía –dijo Agapito–. Siempre andaba contando viajes y aventuras, y parece que por lo menos algunas se ha demostrado que eran inventadas.

–Pero buen médico sí lo era –dijo el Manzana–. En eso está de acuerdo todo el mundo.

–Curar, curaba –dijo Agapito–. Lo que está por ver es si tenía el título.

Se hizo un silencio. El semblante de Agapito, inicialmente triunfal, se hallaba ahora como desbaratado por el propio esfuerzo dialéctico. El Manzana, con la mirada puesta en el vaso vacío que hacía girar sobre su propia base, parecía más bien entre contrariado y resignado.

–No sé qué idea se va a llevar este señor de Riofrío –dijo–. Pensará que es una suerte no haber dado con ese Dr. Santiago que venía buscando.

–¿Riofrío? –dijo Marcel–. Un lugar mucho más interesante de lo que esperaba, se lo

aseguro. ¿Otra cervecita?

El Manzana asintió con la cabeza.

–¿Sabe qué pasa? –dijo–. Que sobre la guerra oirá de todo. Fue una guerra que, como quien dice, empezó con trabucos y acabó con cohetes Sam-6.

Tomarse con calma el exilio

Así como el animal en peligro –el pájaro caído del nido, el conejo atrapado en un lazo, la mariposa que aletea en la tenue superficie del agua– interpretará con pavor cuantos movimientos podamos realizar a fin de salvarlos, así, en la actualidad, el ciudadano medio enjuicia la actividad bancaria como algo esencialmente perverso que un día u otro habrá que acabar considerando delictivo. También la compraventa de esclavos fue en su momento un negocio como cualquier otro, argumentarán.

No negaré que el mundo de las finanzas tiene dos vertientes, y que una de ellas, la especulativa, se presta a determinadas prácticas que se tienen bien ganado el rechazo popular. Pero está la otra, la promotora, la que con su financiación facilita la vida de la gente y, sobre todo, permite el desarrollo económico con su enérgico respaldo a la actividad productiva en los terrenos más diversos. Es, en una palabra, la clave misma del progreso. Y es en este ámbito en el que he venido ejerciendo mi actividad profesional sin haber tenido en ningún momento la sensación de hallarme traicionando mis convicciones. Se trata, en definitiva, de una actividad circunstancial a los logros alcanzados por la humanidad. Si los banqueros florentinos, venecianos y de los Países Bajos están en el origen del grado de desarrollo alcanzado por Europa en su conjunto respecto al resto del mundo, el uso adecuado de los recursos bancarios ha sido la clave del bienestar alcanzado por el ciudadano ante una adecuada orientación social de la política. Hasta en países oficialmente comunistas como China, una acertada política financiera ha sido la clave de su éxito. Estas cosas las he tenido siempre muy claras.

El exilio acostumbra a ser universalmente considerado una experiencia demoledora. No dudo que para muchos lo haya sido, que lo esté siendo en el momento presente; seré la excepción que confirma la regla, pero para mí no lo fue en absoluto. Ya dije, al iniciar este legado testimonial de lo que ha sido mi vida, que el respeto a la verdad iba a ser mi primera regla, por lo que no voy ahora a empezar con lamentaciones aunque sólo sea para no desentonar respecto al testimonio de otros.

Mi padre –que por suerte para él, me atrevería a decir, había muerto antes de que comenzaran los horrores de la guerra– era una persona con muy buenos contactos, y a ellos recurrí no bien me vi abocado al exilio. Me trasladé a Suiza, a Ginebra, para ser precisos, y allí mantuve una serie de entrevistas. Los conocimientos adquiridos a lo largo de mis estudios superiores de Comercio fueron sin duda decisivos, pero también mi fino instinto en cuestiones financieras, fruto de un interés o atracción de carácter vocacional. El caso es que una de las entidades contactadas precisaba una persona de mi perfil para

la oficina de Tánger, de modo que en Tánger dio comienzo mi carrera profesional propiamente dicha.

¿Cómo expresar lo que para mí fueron aquellos años pasados en una ciudad como Tánger, mientras a nuestro alrededor el caos y la destrucción se extendían como quien dice por el mundo entero? Me limitaré a decir que, en cierto modo, aquellos años fueron los más felices de mi vida, y no sólo por esa sensación de privilegio del que goza de algo a salvo del horror circundante. Para mi mujer y para mí, y para los hijos allí nacidos, fruto de tan armoniosa convivencia, su recuerdo es imborrable. Y es que el Tánger de entonces era un verdadero deleite para los sentidos. Consecuencia de ello fue la presencia, en calidad de residentes, de destacadísimas personalidades del mundo de las artes y de las letras, del cine, especialmente, una verdadera élite internacional, lo que acentuaba aún más el atractivo del lugar. Yo tuve la suerte de acceder al trato de algunas de esas personas, y de ellas aprendí que, por revuelto que esté el mundo, siempre hay espacio para una relajada ironía, para un afilado sentido del humor, que haga más llevadero el dramatismo de la situación. Por otra parte, las relaciones allí establecidas fueron decisivas en el sentido ascendente de mi vida profesional, de forma que, antes quizá de lo que desde otro punto de vista hubiera deseado, los medios próximos a la dirección reclamaron mi presencia en Ginebra.

Y en Ginebra transcurrió el resto del exilio o, si se prefiere, de mi carrera hasta el momento de la jubilación, ya que sólo entonces volví a mi tierra de forma más o menos permanente. Al poco de llegar, era ya director de una agencia privada, que es como suelen denominarse las oficinas dedicadas a la relación con los más selectos inversores extranjeros. Entre ellos, muchos conciudadanos, cuyo trato facilitó el paulatino regreso a mi país, inicialmente en forma de breves vacaciones. Con el tiempo, además, llegué a contar con tres pasaportes, como corresponde a mi triple nacionalidad.

¿Qué voy a decir de Ginebra? Es una ciudad perfecta, ideal, aunque algo fría en más de un sentido. De ahí que, cuando conocí Locarno, decidiera de inmediato que allí iba a vivir mis escasos días de ocio en tanto residiera en Suiza. Y es que, aunque incrustada en los Alpes, su orientación meridional crea una peculiar atmósfera que se diría tocada por la brisa mediterránea. La razón de mi primera visita fue un comentario relativo a la presencia en Locarno de un médico cuya familia veraneaba desde hacía años en Riofrío, y al que me hubiera hecho gracia conocer. Al parecer, había sido el médico de los mejores hoteles del lugar, pero cuando yo llegué ya no se encontraba allí sino en su ciudad natal; si pasó en Locarno unos años es porque ya había estado de niño, pues Locarno fue el refugio de sus padres durante la guerra. Un tipo algo excéntrico, por lo que parece. Sin embargo, y aunque sea de forma tan indirecta, a él le debo el apartamento que allí adquirí y que aún poseo, con una privilegiada vista del lago. Hasta hace poco solía ir de vez en cuando, a disfrutarlo aunque sólo fuera por unos días. Ahora la tengo alquilada a un escritor. O periodista. Austriaco, creo; al menos de nacionalidad.

Nada de todo eso, los avatares de una carrera profesional de trayectoria siempre ascendente, ha supuesto no obstante que en algún momento haya traicionado mis convicciones más íntimas. Nunca he sido ideológicamente marxista ni, menos aún,

comunista, al corriente como siempre he estado de las atrocidades que se han cometido en nombre de sus rigores ideológicos. Lo que he sido y sigo siendo desde el principio, es progresista, en el sentido de que considero que hay que luchar para que el bienestar social y la holgura económica acaben siendo un derecho inalienable de todo ser humano.

El gran error de Marx, suficiente para invalidar sus planteamientos ideológicos, reside en el hecho –sin duda involuntario– de que extrapoló la situación social que le tocó vivir, haciéndola extensiva al conjunto de la Historia de la humanidad. Es un hecho que la explotación del hombre por el hombre ha existido siempre. Pero eso no significa que el esclavo de la Antigüedad clásica sea equiparable al obrero de los tiempos de Marx. ¿Lo eran siquiera ese obrero decimonónico y el esclavo coetáneo de ese obrero, sujeto pasivo del tráfico establecido entre el continente africano y América? ¿Podemos honradamente equiparar un obrero del Manchester de por aquel entonces y un esclavo de Louisiana o de Cuba? ¿Y ahora? ¿Lo que era válido respecto a un obrero de Manchester sigue siéndolo para los obreros de los países industrializados del mundo actual? ¿Podemos siquiera utilizar la palabra *obrero* en el mismo sentido? En términos del propio Marx, el obrero de entonces no podía perder más que sus cadenas; el trabajador actual, en cambio, disfruta de un hogar provisto de toda clase de electrodomésticos, un garaje, uno o varios coches, a veces de una segunda residencia, además de estudios pagados para sus hijos, sanidad pública, vacaciones en paraísos tropicales, y así siguiendo. ¿Son equiparables ambas figuras? ¿Es apropiado seguir hablando del proletariado como de un rebaño de asalariados, idénticos los unos a los otros, como puedan serlo las ovejas? ¿Lo es, incluso, seguir considerando vigente el concepto mismo de proletariado? Siguen existiendo, eso sí, ricos y pobres, algo que ha existido siempre. Cuando lo ideal –y ahí está el quid de la cuestión– sería que existieran ricos y menos ricos.

Durante ese paulatino regreso a mi país que antes he mencionado, a la tierra que me vio nacer y, muy especialmente, a Riofrío, mi pueblo natal, aproveché para realizar diversas inversiones de carácter inmobiliario. Se trataba de ir preparando mi regreso, de arropar mi asentamiento definitivo, sobrepasada ya con holgura la edad de jubilación. Como residencia permanente elegí, no Riofrío, sino la ciudad, mucho más apropiada, no ya como escenario de la vida cotidiana, sino como centro de control desde el que seguir atendiendo cómodamente la buena marcha de las inversiones realizadas, fruto de toda una vida dedicada al trabajo. Por otra parte, si bien en Riofrío mi nombre era sobradamente conocido por todos sus habitantes, mi persona pasaba inadvertida, cosa lógica –además de preferible–, ya que la práctica totalidad de quienes en un momento u otro me conocieron había muerto.

Incursiones

RAMONA Y CRIS SE CASAN. La boda venía anunciada en diversos puntos del pueblo desde la víspera: pequeños carteles pintados a mano, colgados de las farolas, de los balcones, toda una pancarta desplegada ante la iglesia, dando siempre como por descontado que tanto Ramona como Cris eran personas sobradamente conocidas.

Supongo que a ellos estaría destinada la tarta que andaban ultimando en la pastelería, con un pene de color rosa en perfecto estado de erección como centro de los elementos decorativos.

–¿Y eso? –pregunté a la repostera.

–Mire, son modas –me dijo ella, seria, sin perder la concentración.

De los detalles me enteré al día siguiente, mientras compraba la prensa, por los comentarios de los demás clientes: la novia era hija de un rico del pueblo, y el novio, de una familia todavía más rica de la zona; se conocían desde el instituto.

La mañana era alegre y soleada, con nubes sueltas tipo Magritte. Apetecía tomar algo al aire libre, de modo que me instalé con mis periódicos en la terraza del bar, frente a la iglesia. Poco a poco los invitados se iban congregando al pie de las escalinatas. Quien primero llamó mi atención fue una mujer alta y corpulenta, de mediana edad, que vestía un traje de chaqueta blanco, como de hombre, a quien el pelo corto y teñido y lo acentuado del maquillaje le daba cierto aire de transexual. Pero, por lo común, las señoras iban de boda, de tarta de boda. Ellos, más envarados, se movían circunspectos y un tanto cohibidos: la barriga que les impedía abotonar la americana, la corbata floja para que no les oprimiera el cuello... Caminaban como si no estuvieran seguros de cómo hacerlo, el ritmo del paso, las maneras, los gestos, las gafas de sol por lo común montadas sobre el cabello buscando un toque informal. La juventud, en cambio, sin problemas, gente animosa, desenvuelta, ellos con sus trajes y sus *piercings* y sus cabellos afilados por el fijapelo, ellas, observándose las unas a las otras, recogidas sobre sus lomos y sus muslos, como muertas de risa. Menos aún, los críos, los más bulliciosos. Por todas partes sonaban las puertas de los coches al cerrarse.

Una limusina adornada de flores blancas hizo su entrada en la plaza entre vítores y aplausos, pero los mirones agolpados me impidieron ver quién salía de su interior. Al chófer, sí pude verlo; un chófer tipo guardaespaldas de película. En realidad, todo tenía algo de película, los atuendos, los ademanes, las expresiones y risas.

Yo seguí con mi café y mi lectura, rodeada de gorriones que revoloteaban entre las mesas. Hasta que, acabada la ceremonia, empezaron a salir los invitados, se diría que

más emperifollados y armando más bullicio que antes, agrupándose a uno y otro lado de las puertas de la iglesia. Al aparecer los novios, arreciaron los vivas y empezaron a caer pétalos blancos y granos de arroz.

–¡Que se besen! ¡Que se besen! –se oía corear con rotundidad.

Los novios sonreían a diestro y siniestro, al igual que los padres y demás allegados que les rodeaban, y todo discurría a la perfección, hasta que al iniciar la pareja su avance hacia el coche, una voz especialmente bronca se sobrepuso a las otras:

–¡Ramona, mamona, que se la mames como sólo tú sabes hacerlo!

Los aplausos arreciaron, y las risas, las de los novios incluidas.

–¡Que se la mame! ¡Que se la mame! –empezó a oírse gritar ahora.

Las voces se perdían entre otras voces hasta que, poco a poco, se fueron aunando en el nuevo estribillo. Pero la voz particularmente bronca y estentórea volvió a elevarse sobre las otras.

–¡Y a mí! ¡Que me la mame a mí!

–¡Y a mí! ¡Que me la mame también a mí!

–¡Eso! ¡Y a mí! Dijiste que podías con los dos, ¿no te acuerdas, puta?

–¡A todos nos la tendría que mamar, la mala puta!

–¡Eso, que la mala puta nos la mame a todos! ¡Poneos en fila!

–¡Eso, poneos en fila!

–¡Venga, mala puta, a lo tuyo!

–¡Venga, mala puta!

Los novios, ya sin sonreír, avanzaban como podían hacia la limusina mientras el paso abierto entre los invitados se cerraba a impulsos de una brusca contracción del grupo. La novia –su cara ya, una mueca– estampó el ramo de flores contra un rostro vociferante, a la vez que el novio, desfigurado por la indignación, repartía manotazos a uno y otro lado, hasta que, rescatados ambos por el chófer, fueron empujados al interior del coche, que arrancó de inmediato entre los dedos de los asaltantes, más de uno perdiendo el equilibrio, arrastrando al vecino en su caída, maldiciendo a los fugitivos, buscando desesperadamente objetos arrojadizos, mientras en torno a ellos los mayores empezaban a reaccionar, a intentar calmarles, gritando todos al mismo tiempo.

*

A PUNTO DE SER SUEGROS. Desde las escalinatas de la iglesia, los padres de los novios contemplaban atónitos lo que estaba sucediendo.

–¡Pero, qué es esto! –dijo el padre de Ramona–. ¿A qué viene tanto escándalo?

–Parecen un poco excitados, ¿no? –dijo con expresión enigmática el padre de Cris.

–¡Están insultando a mi hija! –dijo el padre de Ramona.

–Eso, desde luego... –dijo el padre de Cris.

–¡Pues es intolerable! –dijo el de Ramona.

–Su hija parece muy popular –dijo el de Cris.

–¡Porque es una mujer muy dinámica, de mucha iniciativa! –dijo el de Ramona.

–Eso nadie parece ponerlo en duda –dijo el de Cris.

–¿Qué quiere Vd. decir? –dijo el de Ramona.

–Que todos parecen estar de acuerdo en lo mismo –dijo el de Cris.

–¿En insultarla? –dijo el de Ramona–. ¿Y qué hace su hijo que no la defiende?

–¡Eso digo yo! –intervino con voz alterada la madre de Ramona–. ¡Su hijo está resultando un calzonazos! ¿Es que no tiene sangre en las venas?

–Lo que mi hijo está es más que mosqueado –dijo el de Cris.

–¡Porque es un calzonazos! –insistió la madre de Ramona.

Intervino la madre de Cris, hasta entonces callada.

–Si mi hijo le parece un calzonazos, su hija me parece una ligera de cascos, por decirlo de algún modo.

–¿La está llamando puta? –preguntó la de Ramona.

–¡Es usted quien lo hace! –exclamó la de Cris.

Los maridos tiraron de sus respectivas esposas al ver que estaban a punto de enzarzarse. El padre de Cris enar–boló las llaves del coche.

–¿Pues saben qué les digo? Que ahora mismo telefoneo a mi hijo para decirle que nos espere a la puerta del restaurante porque pasamos a recogerle y nos volvemos a casa –dijo–. ¡Contra el matrimonio hay un remedio que se llama divorcio!

–¡Completamente de acuerdo! –dijo el de Ramona–. ¡Ni que me hubiera leído el pensamiento! ¡Lo último que quisiera es emparentamos! ¡Ver a mi hija metida en su familia!

–¡Pues ni en la boda ni en la vida!

–¡Lo mismo digo!

*

–Es que yo soy rara –me dijo–. Lo que se dice rara. Rara de verdad.

Atendió de forma expeditiva a una anciana que acababa de entrar y volvió a situarse frente a mí, resplandeciente.

–Al follar, por ejemplo, a veces suelto pedos vaginales –dijo–. Sabes lo que es eso, ¿no? Nada que ver con los pedos propiamente dichos: aire que entra en la vagina. Pero suena igual. Es una cosa que, al principio, cuando me pasaba, me daba mucho corte, pero al novio que me ha durado más le encantaba, decía que le ponían cachondo, y a partir de entonces ya no me importa. Y con razón, ya que aunque lo parezca no son gases. Yo creo que pasa cuando lo haces con entusiasmo. Mira, por ser fogosa.

*

–Ya tengo ganas de que llegue el verano –me dijo–. Que vengan turistas, ver caras nuevas. Los fines de semana, fuera de temporada, siempre se acercan los mismos. Y a mí me gusta conocer gente. Una vez, una chica, que debía de ser francesa, me preguntó si era lesbiana.

*

–Yo soy de Barcelona –dijo–, y allí hay un obelisco a la entrada de un barrio que se llama como yo, Gracia. Y de mí, cuando era chavala, contaban un chiste que sólo se entiende si sabes todo eso. Vamos, que es para los del barrio. Me decían que yo tenía más gracia que el obelisco, porque el obelisco tenía Gracia por detrás y yo tenía gracia por delante y por detrás.

*

Sus hermanas mayores –me explicó– eran gemelas: María Rosa y María Luisa. Las dos tenían mucho éxito con los chicos y como era difícil diferenciarlas, saber quién era la una y quién la otra, las llamaban las Marías, las dos Marías, salí con una María, decían, etc.

–Luego –dijo–, como yo soy de esta manera, a la que empecé a salir con chicos las eclipsé. Ellas seguían teniendo éxito y todo eso y nos llevábamos muy bien las tres y todo. Pero yo me hice enseguida tanto o más famosa. Y la broma estaba en que si ellas eran las dos Marías yo era las tres Gracias. Es decir, morros, tetas y culo.

*

Posibilidad de que en el pasado de Gracia hubiese habido una boda que acabara como la de Ramona y Cris. Años antes.

*

Sería cosa de familia, pensó Gloria, pero lo cierto era que los textos que iba escribiendo no le daban la impresión de estar escritos hasta después de haberlos impreso y guardado en una carpeta. Lo único malo de tenerlos así era lo poco que abultaban. ¿Qué hubiera dicho Sebastián, que siempre la acusaba de no ser capaz de expresarse, de haberlos leído? ¿Y su madre, con la teoría de que ella había salido a la tía Gloria?

Dada su afición a establecer paralelismos con su época, con el pasado, la figura de Gracia le hubiera caído mal de entrada al creerla inspirada en Graziella, la amiga del grupo que decía que ella no era italiana sino lombarda, y de la que su madre decía que era el peinado que llevaba lo que parecía una col lombarda. Vamos, por lo que Gloria tenía entendido, un personaje que nada tenía que ver con Gracia. Y en este caso, además, en el de Gracia, el nombre, a diferencia del de Graziella, era consustancial al personaje. Buena parte de sus ocurrencias tenían que ver con el nombre, de modo que, si se lo cambiaba, perdía la gracia.

IV

Marcel

Puntos de vista

Acabó decantándose por El Casino. El local era más acogedor y la clientela menos ruidosa, menos invasiva que la del Ateneo. En ambos lugares todo el mundo parecía estar al corriente de que Marcel era el suizo que se alojaba en el hostal y tal vez le llamaran Guillermo Tell, pero los parroquianos de aquí se limitaban a saludarle con deferencia, sin abordarle con preguntas, sin pretender implicarle en sus discusiones. El dueño del bar, concretamente, como para compensar el estridente contacto inicial, le atendía ahora con particular esmero. ¿Coñac?, ¿aguardiente?, sugirió aquella tarde cuando Marcel pidió un café. Y Marcel, sintiéndose obligado a premiar su actitud le pidió un *bourbon* con hielo. Mientras se lo escanciaba, el dueño del bar le comentó que el servicio no quería dejarlo en manos de nadie sencillamente porque el camarero competente era una figura que había pasado a la historia. Se han perdido las maneras, dijo.

Consecuencia tal vez de esa pauta ambiental creada por la actitud del dueño del bar, también era posible percibir diferencias de actitud entre los asiduos del Casino y la clientela del Ateneo. Aquí, más que para discutir, parecían acudir para escucharse los unos a los otros, casi como en una reunión de terapia de grupo en la que cada cual esperase pacientemente su turno para poner de relieve ante los demás su manera de ser, su singularidad y, a partir de ahí, cada uno procuraba ajustar su discurso a la personalidad por él definida, expresándose, en consecuencia conforme a lo que de ellos cabía esperar. Así, el tipo ocurrente y socarrón, del que todos celebran las gracias. O el que se ha creado la imagen de hombre práctico y ahorrador, un tipo que cuenta hasta el céntimo y, por poner un ejemplo, tiene por costumbre comprar la leña para la chimenea cuando acaba el frío ya que, de cara al verano, bajan los precios; o –también por ejemplo–cortarse el cabello siempre en luna nueva, ya que entonces crecerá más despacio y así tardará más en tener que volver a la peluquería. Sin que pudiera faltar el putero compulsivo y sus tediosas anécdotas. Eso sí: según cada uno se iba a casa, los demás desmontaban su discurso con cuatro frases, sin especial acritud, como directores de cine o de teatro que comentan la actuación de los diversos aspirantes a representar un papel.

Marcel había entrado en el Casino simplemente a tomarse un café, ya que su idea, aquella tarde, era llegarse en excursión a Peñas Altas. Pero, a punto ya de levantarse, mientras apuraba el *bourbon*, compareció el dueño del bar acompañado del tipo corpulento con el que había estado departiendo en la barra: era el alcalde del pueblo, dijo,

y quería que se conocieran. A Marcel le había llamado la atención, desde hacía un rato, por su manera de reír, una risa acuciante que parecía rebasarle, los ojos muy abiertos, la lengua como prolapsada entre las mejillas rubicundas, en tanto emitía una especie de balido intermitente.

–El mejor alcalde que ha tenido el pueblo en muchos años –dijo el dueño del bar a modo de presentación–. Al menos, que yo recuerde.

–Porque nunca he querido saber nada de la política ni de los políticos y porque no soy de aquí sino de El Susto –dijo el alcalde iniciando una de sus risas.

–¿Del susto? –dijo Marcel.

–El Susto, con mayúscula –dijo el dueño del bar–. Es una aldea perdida en la montaña que administrativamente depende de Riofrío.

Había ido a por la botella de *bourbon* y, sin decir palabra, rellenó los vasos de ambos.

–Y este señor –prosiguió mientras lo hacía, señalando a Marcel con el mentón, lo que indujo al alcalde a cesar de reír de golpe–, este señor es un turista poco común, de esos que se interesan por lo que ven y que no me extrañaría que acabase escribiendo algo sobre lo que ha visto.

Marcel esbozó un gesto de cordial desentendimiento, como dando a entender que no sabía de qué le estaban hablando, mientras el alcalde ahora sonreía en tanto el dueño del bar destacaba lo mucho que para el pueblo representaba el polideportivo, la gran obra de aquel hombre como alcalde.

–Se me ocurren cien maneras de gastar el dinero que costó el polideportivo –apuntó alguien, entre murmullos de aprobación, desde una mesa próxima, no bien el alcalde se hubo despedido–. Como mucho, lo utilizan cuatro veraneantes. La juventud de aquí no está por el deporte.

Marcel los escuchaba paladeando el *bourbon*, no muy seguro de si era todavía el segundo o tal vez un tercero el que le había servido el dueño del bar al ver el vaso vacío. La voces de quienes ocupaban las mesas vecinas, no dirigiéndose a él propiamente, pero sí conscientes de que él seguía con atención sus palabras, parecían aunarse, armonizarse como en un coro para así entonar entre todos un relato único, una visión colectiva del transcurso del tiempo, de lo que va del *antes* al *ahora*. La diferencia entre la vida diaria de nuestros padres y la de nuestros hijos, sin que nosotros, que estamos en medio, sepamos explicarnos cómo puede haber llegado a producirse. Tanto como de dos épocas, casi parece que estemos hablando de dos territorios, de dos países. Empezando por el paisaje, más esquinado y áspero el de antes, más suave y dilatado el de ahora. Pero, sobre todo, por las personas, por su presencia física. La gente de antes era flaca, silenciosa, solitaria. Vestían siempre ropa de invierno y cuando llegaba el calor, según llegaba, se la iban quitando –ya que no tenían otra más fresca– hasta quedarse semidesnudos en agosto. En invierno, la principal tarea se centraba en acarrear la leña que hacía posible aquellas largas veladas, la familia entera como agazapada al resplandor de la chimenea. En épocas de cosecha, las mujeres se encontraban con que a las labores domésticas y de corral se añadían las de recolección. De hecho, también se movilizaba a los críos y la familia entera partía bien de mañana para echar el día entero en el campo.

Regresaban al atardecer, apiñados sobre el carro, el hombre al pescante, los críos a su lado, las piernas colgando tras el lomo del caballo, y las mujeres sentadas sobre los sacos dándoles la espalda, la vista puesta en el horizonte del que se alejaban, cuando no en el perrillo de siete razas que trotaba con aire despierto atado a la parte posterior. De ahí su expresión como alelada cuando algún forastero, quién sabe si fotógrafo profesional, les sacaba una foto.

Nosotros, dijeron, a diferencia de ese fotógrafo, no sabemos apreciar la belleza del campo. Nuestros padres, más artesanos, tal vez le encontraban el atractivo equivalente al que un minero pueda apreciar en las galerías de la mina en la que transcurre su vida. Pero nosotros trabajamos el campo con máquinas y, cumplida la jornada, nos venimos aquí a jugar al dominó y hablar un poco de todo. Ahora bien: nuestros hijos no es que no aprecien el campo, es que ni siquiera lo ven cuando lo tienen delante. El campo, para ellos, es el territorio que bordea la carretera, lo que queda a uno y otro lado del coche, de la moto, según se desplacen, camino de algún cibercafé o, si es fin de semana, de algún botellón más o menos próximo. El campo, dijeron, es algo que tampoco cabe en las pantalli–tas de ese móvil al que le están dando todo el santo día; si supieran dónde tenemos el alma, seguro que también le echaban una foto y la guardaban dentro.

Marcel tenía la impresión de que le habían vuelto a llenar el vaso de *bourbon* aunque no recordaba que lo hubieran hecho. Los *bourbon* que había tomado con absoluta seguridad eran dos, pero el efecto equivalía al de cuatro, que tal vez fuesen los que en realidad había tomado, y si no decía palabra era por temor a que esa sensación de que se le habían subido a la cabeza se reflejara en la dicción. Al pedir agua comprobó que, efectivamente, se reflejaba, aunque nadie pareciese haberlo advertido.

Ahora hablaban de las mujeres, del cambio experimentado por las tareas domésticas del ama de casa, la limpieza, la colada, la cocina, la plancha, la nevera, los platos precocinados, el microondas, todo automatizado, de modo que podían aplicar a la compra buena parte del tiempo ganado a la mañana, cada una de acuerdo con su personal itinerario por el interior del pueblo, empezando por la panadería, para seguir por la frutería, la farmacia, la pollería, etc., y acabar en el súper, o bien al revés, empezando en el súper, coincidiendo así varias veces unas con otras, completando historias, novedades, recuerdos, repitiéndose, escuchando para ser a su vez escuchadas, para mejor poner de relieve su peculiar manera de ser, decir, ¡ay!, ¡no puedo mirar!, ¡no puedo mirar!, mientras la carnicera convierte un costillar en costillas mediante una sucesión de enérgicos y precisos cortes, decir, ¡ay, tan cerca de los dedos!, ¡cuidado!, ¡cuidado!, tapándose los ojos con desmayado gesto, sensible, demasiado sensible, en contraste con la serena entereza de las otras también a la espera de su turno, así es la vida. Evocaciones que los contertulios, más que escuchando, parecían estar contemplando, a modo de una proyección en relieve sobre las mesas del bar que ellos coreaban con sus risas. Una voz destacó de pronto a la manera en que un solista se desprende del coro: ya se sabe, lo de las cuatro cés del ama de casa: comprar, cocinar, comer y cagar, una voz que a Marcel le pareció la del alcalde, al igual que la risa, cosa imposible, ya que, como pudo comprobar mientras esa risa se veía como arrollada por

las risas del coro, el alcalde no se hallaba en la sala.

–¿Qué, se le ha subido la chispa? –dijo el dueño del bar con sorna, con un júbilo un tanto vengativo.

Marcel se encontró en la plaza. Por un momento pensó en entrar en la farmacia a ver a Grace o como demonios se llamara la farmacéutica: podría ser divertido. Pero desistió: no estaba en condiciones. Se sentía embotado por más que caminase con normalidad. Respiró hondo y se encaminó al hostal como a escondidas. Necesitaba tenderse un rato. Y reflexionar. Replantearse qué estaba haciendo allí. Por qué no acortar una estancia que se había revelado infructuosa. Volver a casa.

Cumbres paralelas

En el curso del paseo había podido apreciar con todo detalle lo que tenía previsto escribir aquella mañana. Era como si cada uno de sus pasos fuese aportando la energía que iluminaba el relato, los diversos episodios, la relación entre las diversas líneas narrativas, los rasgos que definían la conducta y el carácter de cada personaje, Richard y Amadeo, James y Georgina, Tirantes Rojos... Un paseo idéntico al que emprendía cada mañana, el mismo recorrido bordeando el lago, un paisaje que, de puro conocido, se hacía invisible, facilitando así su concentración, no ya en los aspectos temáticos, sino sobre todo en la frase, en las palabras que la integran.

Ya en el cuarto de trabajo, siguió paseando de un extremo a otro, mientras ordenaba mentalmente cuanto iba a trasladar al ordenador. Anotar, por ejemplo, que el perfecto entendimiento en el terreno erótico del trío James-Georgina-Richard tenía como contrapunto la diversidad de sus orígenes: medio español James (Jaime), nacido en Francia; italoalemana, Georgina, y anglosuizo, Richard... De vez en cuando se detenía ante la ventana, «contemplando el lago como sin verlo», como había escrito días atrás, proyectando precisamente sobre Richard sus propios hábitos.

Se trataba ahora de concretar los principales puntos de una ponencia sobre el oscuro origen de toda fortuna que a Richard, según la condensaba en una de sus columnas, debía sugerirle lo que bien pudiese acabar siendo la idea central del relato protagonizado por *superhombres* sobre el que ya había esbozado unas cuantas anotaciones. En síntesis, que los superhombres habían elegido el planeta Tierra como sede de una Cumbre en la que iban a ser debatidas las líneas maestras de su futuro colectivo: los partidarios de continuar la actual política de expansión a nuevos planetas y nuevas galaxias, y los partidarios de la consolidación, de una explotación más intensiva, como etapa previa, si se quiere, a una nueva fase expansiva.

Ya frente al ordenador, extractó los principales puntos de la ponencia en cuestión que debían figurar como recogidos por Richard en su columna.

El ponente comenzó diciendo –escribió– que el dinero era sin duda el principal motor de la actividad humana. Tras rechazar la codicia por considerarla un verdadero pecado, un pecado como el de la lujuria sólo que referido al dinero, destacó en cambio la paradoja de que si bien todo el mundo procuraba ganar la mayor cantidad de dinero posible, cuando éste se obtenía mediante determinados procedimientos perfectamente legales, vinculados por lo general al mundo de las finanzas, el que así lo había obtenido podía ser acusado de conducta poco menos que mafiosa.

Siguiendo con ese género de argumentación caracterizado por lo irónico del tono, se aplicó en subrayar el hecho de que, con el paso de las generaciones, incluso el dinero de origen delictivo acumulado por la mafia terminaba perfectamente integrado en las normales transacciones propias de la actividad económica.

¿Qué había, por otra parte, en el origen de toda fortuna? Tráfico de esclavos en algunos casos: explotación de esos esclavos en tareas preferentemente agrícolas. Explotación de obreros tratados como esclavos en los comienzos de la industrialización. Expolio colonial.

¿Y antes? El poder absoluto del señor feudal sobre sus vasallos.

Hizo una pausa, releyó el último párrafo y, a continuación, escribió:

Cita de Shakespeare (Macbeth) *acerca del origen de las fortunas.*

Jubilación viene de júbilo

Gozo de una posición desahogada, más desahogada, probablemente, que en cualquier otro momento de mi vida. Si ya lo era durante mis años de estancia en Ginebra, tras la jubilación, a mi regreso, he podido dedicarme plenamente a cuidar de mi propia fortuna en vez de dedicar mi tiempo a cuidar de las de los otros. La experiencia y, hasta cierto punto, la suerte, me han llevado a realizar la inversión adecuada en el momento oportuno, lejos del siempre peligroso carácter especulativo, contrario, por otra parte, a mis convicciones más íntimas. Al invertir he tenido en cuenta sobre todo la seguridad de esa inversión y sus perspectivas de futuro, así como su diversidad respecto a otras, pensando siempre, como es lógico, en mis hijos. A ellos he ido transfiriendo poco a poco la gestión directa de esos negocios, reservándome únicamente el papel de supervisor, respetuoso al máximo con sus iniciativas. Y no me he visto defraudado. Su gestión ha sido siempre correcta, casi impecable. Si no la califico de plenamente impecable es porque tal vez les ha faltado ese toque de inspiración, de creatividad, que parece dar luz propia a las grandes decisiones, por más que de eso acaso no sean culpables, lastrados o autolimitados en su conducta por las características de mi propio historial. No quiero, con esta observación, ser mal entendido, ya que, como creo haber dejado bien claro, jamás me han dado el menor motivo de queja. Caso distinto es el de mis nietos. Ninguno de ellos –y en particular los varones– destaca positivamente ni en sus estudios ni en sus hábitos y actitudes. Un fenómeno bastante generalizado, por lo que parece. Uno de ellos, incluso, arrastrado al consumo de la droga por esa corriente ambiental, acabó encontrando la muerte a causa de una sobredosis. Vista la deriva que había tomado su vida, fue casi lo mejor que le podía pasar. Que Dios le tenga en su santa gloria, como se decía antes.

Confío en que mis palabras no sean mal interpretadas o consideradas a veces contradictorias. El hecho de que al referirme a mi patrimonio personal subraye la fortuna que he tenido al realizar cada inversión en el momento oportuno, en modo alguno significa que haya querido aprovecharme de los momentos de crisis, de esas crisis periódicas que se abaten sobre la sociedad, consustanciales al propio capitalismo; significa, simplemente, que he sabido actuar con tino, apreciar las posibilidades de futuro de determinados negocios que se iban presentando. Ahora bien: sería absurdo negar que en el curso de esas crisis periódicas no surge la posibilidad de hacer buenos negocios, en determinados casos, perfectamente legítimos. Resulta fácil tildar poco menos que de ladrones a cuantos financieros y hombres de empresa se han enriquecido aprovechando

las oscilaciones del mercado en tales momentos; fácil e hipócrita. ¿No se acepta sin más, envidiando su buena fortuna, al que ha ganado cuantiosas cantidades de dinero en sorteos y juegos de azar, en apuestas públicas o privadas, en las loterías? ¿Qué diferencia de fondo hay entre una cosa y la otra? Lo rechazable no es haber tenido buena suerte, sino manipular los mercados y actuar con engaño a fin de propiciar esa buena suerte, práctica no por habitual menos rechazable, como tantas otras vinculables al capitalismo especulativo. Algo que siempre ha sido ajeno a mis principios y al ejercicio de mi profesión.

Mi concepto de la riqueza, o mejor, del enriquecimiento, ha discurrido en todo momento por derroteros mucho más tradicionales. Pensar en términos no de beneficio rápido –rasgo característico de la mentalidad especulativa–, sino de beneficio seguro en razón de la fortaleza del producto. Para ello, eso sí, para no equivocarse, hay que estar muy al día. Como en cualquier otro ámbito, claro está, ya que todo cambia rápidamente, las circunstancias, los conceptos, los nombres que damos a esos conceptos. Ahora, por ejemplo, está muy en boga el término *ciudadanía*, como algo más guay que *ciudadanos*, la palabra que venía expresando este concepto desde la Revolución francesa. Son modas. Pero dejan de serlo cuando existe una modificación, por ligera que sea, en su contenido. En la Antigüedad clásica, por ejemplo, el trabajo de verdad correspondía al esclavo, un ser que se compraba y vendía como un objeto cualquiera y al que, por tanto, no se le pagaba. En la Edad Media, aparece el siervo, al que no se le compra y vende como al esclavo, pero que está adscrito a una tierra o predio propiedad de algún noble. Luego surgió el obrero, al que se le pagaba –miserablemente, como sabemos–, ya que tampoco se le compraba ni vendía. Y en lo que se refiere al mundo actual, se halla cada vez más extendido el uso del término *cliente*, persona que compra algo y que, para poder hacerlo, tiene que trabajar. Ser sensible a esos cambios en la realidad social es lo que yo entiendo por estar al día.

Desde este punto de vista no negaré que pueda quedar en mí alguna secuela de aquella remota y juvenil formación marxista. En mi aprecio por determinados aspectos del sistema económico chino, que tantos detractores tiene, por poner un ejemplo: su empeño en utilizar el capitalismo con vistas al bien de una sociedad teóricamente comunista, de dar pie a la aparición de millones de millonarios. Huyendo, además, del caos financiero que tanto beneficia a los especuladores y al que tanto contribuyen las cumbres de expertos. Siempre he tenido muy claro –y mi experiencia no ha hecho sino confirmarlo– que lo ideal sería un solo banquero al frente de las finanzas del mundo. Democráticamente elegido, desde luego. La única manera de poner orden, de evitar el caos.

Procuro, no obstante, que la irritación ante determinados acontecimientos y, muy en particular, las descomunales tonterías de algún que otro líder mundial, no altere en lo más mínimo el carácter apacible de mi vida cotidiana. Inicialmente, incluso antes de mi regreso definitivo, mi primer pensamiento era sin duda para Riofrío, el pueblo que me vio nacer. Siempre tuve claro, sin embargo, que no era posible ni conveniente centrar allí mi vida, convertirlo en mi residencia habitual. De ahí que me limitara a construir la villa con

más categoría del lugar, tanto por el edificio en sí como por los jardines circundantes, en el límite mismo del casco urbano, donde el barrio de La Bolera linda ya con campo abierto; más que con el fin de habitarlo, con el de ser su propietario. No negaré que hay para mí un oscuro placer en todo ello. Como en la compra de El Alarde, una mansión en ruinas que domina el fondo del valle, probablemente de origen romano; una adquisición que he preferido mantener en secreto. Ya de joven sentía el impulso de hacerme con ella y restaurarla; sólo la serenidad de los años me ha hecho ver que es preferible dejarla tal cual está: un noble monumento del pasado que, como lo que es ha de permanecer en el futuro.

Contribuye en gran medida el carácter placentero de mi día a día en el amplio dúplex que elegí como residencia permanente y desde el que se domina toda la ciudad, la atención solícita de un matrimonio ecuatoriano que cuida de nuestro bienestar hasta en el más mínimo de los detalles. Los contraté en el curso de un viaje que hice hará unos años acompañado de mi mujer –que es una santa– a las islas Galápagos, el único destino turístico que podía interesarme. Fue un auténtico acierto, ya que con idéntico esmero cuidan tanto de las cuestiones domésticas como de nuestra buena forma física. Tres veces a la semana someten a un intenso masaje todo nuestro cuerpo, una experiencia de efectos insospechadamente beneficiosos, en particular los derivados de la fase anal. Luego, antes de dedicarme a mis ocupaciones, descansamos un rato en la terraza paladeando un zumo de frutas. Y desde allí me voy introduciendo mentalmente en la marcha de mis asuntos, como un vencejo que se lanza a cazar en las alturas sin dejar por ello de vigilar su nido.

Mejor a solas

Como en virtud de un conjuro, el apartamento en el que había vivido con Sebastián desde que se casaron y luego con Esteban, en tanto el hostal no estuvo en funcionamiento y ella se instaló en Riofrío, parecía ahora libre de todo maleficio, de todo mal recuerdo, de todo tipo de malas vibraciones. Un piso abierto y luminoso en lo que seguía siendo uno de los barrios más agradables de la ciudad: el entorno perfecto para su actual estado de ánimo. Lo único anacrónico era el ordenador, ya un verdadero mamotreto, pero eso tenía fácil arreglo.

Había dormido hasta cerca de las nueve y ahora desayunaba con calma su té, sus frutas, sus *gudis*, su miel, compras que había hecho la víspera en el súper de siempre. El dormitorio, el baño, la cocina, el cuarto de trabajo y la sala de estar parecían diseñadas a su medida y el resto de las habitaciones no hacía sino aumentar la sensación de amplitud. Un espacio que por primera vez se le hacía como propio, limpio de cualquier recuerdo –no forzosamente malo– relacionado con Sebastián o con Esteban. Un apartamento pensado para ella y sólo para ella.

En cambio, al barrio de su infancia, ni acercarse. Era el barrio burgués por excelencia de un siglo atrás y seguía conservando su prestigio. Un barrio de edificios silenciosos y pisos vastos y oscuros. En realidad, el piso de los abuelos, que sus padres, cuando volvieron de Suiza, habían adaptado a sus gustos y necesidades. Pero a Gloria no le inspiraba ninguna clase de afecto. Tampoco de rechazo propiamente dicho, sino más bien cierta propensión a rehuirlo, de modo similar a como se evita pensar en cosas que nos perturban. Pero ¿había algo que la perturbase? ¿Por qué sentir rechazo hacia algo que no iba asociado a ninguna clase de mala experiencia, de mal recuerdo? Simplemente, a los recuerdos propios de la infancia, con algún que otro berrinche infantil en el peor de los casos. Las tatas, el parvulario, las ocurrencias de los compañeros de clase. Luego, el cole, las amigas, las cosas de las que hablaban cuando no había chicos delante. Sus ansias de que llegase el verano: un par de semanas en la playa –Mallorca, la Costa Brava, Málaga– y el resto en Riofrío. Sus primeras salidas con chicos, lo que ella ocultaba a sus padres a este respecto, sin tener ni idea de lo que sus padres le ocultaban a ella. El momento en que alguno de esos chicos se convertía en su novio, al menos de cara al grupo. Recuerdos, no malos recuerdos. Sin embargo, había algo que, de un modo instintivo más que inconsciente, la impulsaba no propiamente a rechazarlos, pero sí a rehuirlos. Una reacción similar a la de cuando en Riofrío, al emprender uno de sus paseos de cada tarde, evitaba tomar el tramo de carretera que bordeaba el pueblo por la

parte de atrás, un tramo que, por ser relativamente recto y de pendiente suave, habían adoptado los ancianos del lugar para andar un rato según se lo iba prescribiendo el médico. Y allí, cada uno a su aire, podía verse a los habituales, quienes a ellos se iban sumando según les llegaba la edad y quienes de vez en cuando desaparecían para no volver, sin haber caído en la cuenta de que al fondo de un breve desvío, dominando el panorama con sus cipreses, estaba el cementerio. Los campesinos de cuando ella era niña no tenían aún esa costumbre. De hecho, Gloria sólo recordaba verlos caminar los domingos por la mañana cuando se dirigían a misa: aquel silbar de los pantalones de pana cuando la tela de una pierna rozaba con la de la otra.

Gloria se preguntó si esa reticencia a volver por el barrio de su infancia no tendría su origen en un temor informulado a los cambios producidos, tiendas que ya no existen, innovaciones de mal gusto, etc. O, por el contrario, a cruzarse con caras conocidas, más o menos intactas algunas, difíciles de reconocer, las más, conservando apenas un aire de lo que fueron. Pero aunque todo eso no pudiera dejar de afectarle, había algo más –se dijo– en ese rechazo cuya naturaleza no alcanzaba a definir.

Sin embargo, lo nuevo, lo importante, residía en que su actual estado de ánimo era el opuesto al que la dominaba cuando decidió dar un giro a su vida, tomar otro camino, volcarse por entero en la gestión del hostal; sobre todo, tras romper con Esteban. Por aquel entonces, lo que le inspiraba rechazo, casi miedo, era la ciudad entera. En cada persona con la que se cruzaba veía un algo engañoso, cuando no una amenaza, por aparentemente anodino que fuera su aspecto. Especialmente en los hombres. Lo que se ocultaba, por ejemplo, en ese avispado gordito de calva rosada y movimientos rápidos, con gafas, pero con unos ojos vivos que en cualquier momento podían convertirse en los del mayor hijo de puta. O en el guaperas, con su ropa de pijo y su cogote cargado de rizos, que puede contemplar sin mover un dedo cómo te ahogas con tal de no mancharse. Por no hablar ya de esos flacos que deambulan solitarios, cetrinos, de rasgos afilados, con gafas oscuras a cualquier hora como en un intento de evitar que alguien pueda leer en su mirada los designios que le guían, un tipo humano que en el siglo XIX hubiera sido asimilado de inmediato a la figura del criminal nato. Todo eso había quedado atrás, pertenecía a una etapa ya pasada. Y si no le apetecía toparse con nadie conocido ni llamar a nadie era simplemente porque en esta breve escapada a la ciudad necesitaba estar sola, deambular por donde le viniera en gana sintiéndose dueña de sí misma.

La noche anterior había querido asomarse a sus barrios de otros tiempos, de cuando salía en grupo con los amigos. El ambiente no tenía nada que ver: ahora todo era botellón y discotecas. Discotecas que aparecían como por arte de magia al oscurecer, el acceso estrechamente controlado por unos porteros que se diría hechos en serie, macizos en su traje oscuro, el cráneo pelado, el cogote cilíndrico, mitad gánsteres mitad polizontes. Aquí y allá, por las aceras, las chicas andaban juntándose unas con otras antes de iniciar la aproximación a los chicos: su hablar a gritos, sus chillidos y carcajadas a coro, ajustándose sus someras prendas, abriendo escotes y marcando culo, el lomo al aire, por lo general con tendencia a rebosar, maquillándose ante pequeños espejos, revisándose *piercings* y colgantes, soltándose el pelo ya entre trago y trago de *brick*, de botella, de

humo. Ellos, por lo general menos bullangueros, entregados igualmente al cuidado de su perfil, el perfil de algún prototipo conseguido no tanto gracias a la indumentaria cuanto a los rasgos, el cabello como principal elemento distintivo, un cabello largo o en pico o en cresta o ausente, rapado al cero, además de la fina perilla o la poblada barba, con toda clase de tatuajes a modo de complemento. Un espectáculo que a Gloria se le hizo más divertido que deprimente. A fin de cuentas, también ella y los suyos, cuando salían de copas, debieron de suponer un escándalo para más de un adulto. Y si pese a todo esa algarabía de ahora resultaba cargante, con tomar otro camino todo resuelto.

A continuación se había agasajado con una cena en uno de sus restaurantes favoritos, donde fue acogida por el servicio con la cordialidad habitual, como si no hubiera dejado de acudir con la asiduidad de antes. Incluso dieron por supuesto que iba a pedir de la carta conforme a sus preferencias habituales. La única nota discordante corrió a cargo de otros comensales, el jaleo que armaban varias parejas situadas en una mesa próxima, su hablar estentóreo, su tendencia a estallar en carcajadas de forma simultánea. Claro que eso no era nada comparado con el comedor del hostal los fines de semana, aquella abundancia de familias, de críos chillones, cuando no sumidos en el llanto, de madres desbordadas y cabezas de familia inclinados sobre las mesas, intentando intercambiar información, sin perder la sonrisa, acerca de la marcha de sus respectivos negocios. Por no hablar ya de esos adolescentes que recalaban a la hora de la cena y que, de tanto deambular por el barrio de La Bolera diciendo estoy pedo, acababan por tener algo en común con un pedo en términos de presencia física.

En la mesa contigua, una pareja en fase de aproximación la mantuvo entretenida, ayudándola a desentenderse de las risas a coro. Y es que él le recordaba extraordinariamente a Sebastián, no tanto en los rasgos cuanto en los cambios de expresión. Especialmente aquella noche en la que, mientras se afeitaba silbando antes de meterse en la cama, sus miradas se cruzaron y él sonrió significativamente. Ahora, al mirar con disimulo a la pareja, no pudo evitar ser ella la que se sonriera. Y siguió sonriéndose por dentro mientras, a la espera del postre, hizo una visita al baño. Allí, por más que todo estaba impoluto, algo la impulsó a hacer pis acuclillada sobre la taza del retrete. Ni ella misma acertaba a razonar tan repentino escrúpulo, casi un gesto atávico. Ya en cuclillas, de pronto, recordó la ocasión en que Sebastián le había pedido que se orinase en su cara y todo eso, y de nuevo le entró la risa.

Y ahora, mientras apuraba el último té, al rememorar todo aquello, al verse a sí misma haciendo pis en cuclillas muerta de risa, se sintió invadida por un arrebato de alegría. Bien: recogería la mesa y luego se daría un baño con toda calma. Después se pondría guapa y saldría a pasear, a ver escaparates. Almorzaría en otro de sus restaurantes preferidos, sin importarle si le traía recuerdos de Sebastián, de Esteban o del demonio, y luego se metería en un cine situado en las proximidades donde daban una película de Clint Eastwood. Ya en casa, navegaría un rato por internet, plantada ante el mamotreto, en lugar de emprender el regreso a Riofrío como inicialmente estaba previsto. Cenaría algo ligero en su japonés favorito, dormiría con el despertador apagado y dejaría el regreso para la mañana siguiente. De este modo, se garantizaba un sueño sosegado, libre

de la rutina diaria que le asaltaba en el hostal nada más despertar, una especie de monótona procesión con sus pasos y sus estaciones, el despacho matutino con Teresa, la lista de reservas, la compra, los proveedores, las escapadas compensatorias que se buscaba, sus paseos, la Fuente del Herbolario, Peñas Altas, El Alarde, los parajes que procuraba evitar sin saber por qué, simplemente porque había en ellos algo doloroso, equivalente al sonido de las sierras mecánicas que llegaba desde las profundidades del bosque.

El Susto

Por la mañana se había llegado a la Fuente del Herbolario, y lo cierto es que Marcel no había sabido verle nada especial ni a la fuente ni al camino que había que recorrer para llegar hasta ella. No se trataba de que el lugar careciese de atractivo, sino, simplemente, que su atractivo era similar al de cualquier otro punto del paisaje. Lo único que le llamó realmente la atención fue un viejo castaño, de tronco parcialmente hueco, con una abertura en la corteza por la que uno podía asomarse como si fuera un ventanuco. Marcel se había traído la cámara, de modo que la dispuso enfrente y se sacó una foto a sí mismo, su rostro risueño perfectamente integrado en el árbol.

Muy distinta fue la impresión que le produjo Peñas Altas. Había salido poco después del almuerzo, convencido de que la excursión le iba a tomar más tiempo del que le dijeron, poco más de una hora a buen paso. La estimación, sin embargo, resultó correcta, y tras un ascenso suave entre bosques de pinos, Marcel se encontró con un paisaje que no guardaba la menor relación con el entorno de Riofrío: se trataba de una prolongada cumbre acantilada tajantemente abierta al llano, de la que Peñas Altas constituía el punto más elevado. El suelo era todo él muy rocoso y de las grietas brotaban brezos enanos y algún pino de estilizado desarrollo horizontal, conforme a una estética de estampa japonesa. Soplaba una brisa ligera y, a la luz de la tarde, los verdes se convertían en oro en polvo, en destellos en suspensión.

Como nunca había experimentado sensación de vértigo, avanzó hasta el borde mismo del acantilado: el abismo, a sus pies, rondaría fácilmente los cien metros. Algo más allá, aprovechando la comba de un saliente, se alzaba una cruz de zinc, tal vez de aluminio. Marcel se preguntó si señalaría el punto en el que, durante la guerra, según le habían contado, tuvo lugar la ejecución de algún que otro representante de las autoridades locales. Costaba creer que un punto de semejante belleza hubiera sido alguna vez escenario de semejantes hechos. ¿Los habrían tiroteado antes? ¿Los lanzaron tal vez directamente al vacío?

Lo que no alcanzó a divisar fue la agrupación de picos nevados que, según le habían dicho, era posible percibir en la distancia cuando el día era claro. Tampoco fue capaz de descubrir asomo alguno de El Susto, la aldea en la que había nacido el alcalde de Riofrío, unas pocas edificaciones de gran carácter –decían– agrupadas en torno a un campanario. La única explicación posible era que el propio crecimiento de los árboles hubiera terminado por encubrirla. Una peculiaridad que contribuía a explicar una anécdota que alguien del bar le había referido, la del vecino de El Susto que, al acabar la guerra, se

llegó hasta Riofrío a vender unos quesos, y sólo entonces se enteró de que había habido una guerra.

A Marcel le apetecía charlar un rato con Gracia y pensó que contarle todo eso era un buen pretexto. Emprendió el regreso con la esperanza de no encontrarla liada con los clientes. No lo estaba,

–Ahora entiendo por qué El Susto se llama así –dijo a modo de saludo.

Gracia le miró con expresión de alegre sorpresa.

–Porque te llevas un susto cuando miras hacia donde te dicen que está y no lo ves –concluyó Marcel.

La expresión de Gracia se recogió de golpe.

–¿Has estado en Peñas Altas? –preguntó.

–De allí vengo.

–Y no me has llevado contigo.

–No pensé que te apeteciera.

–Te lo dije. Te dije que me llevaras contigo. Que es un lugar donde nadie puede verte.

–Vaya, sí que lo siento. Pensé que lo decías por decir. Que estarías liada con la farmacia.

–¿Crees en serio que esto es un problema?

Parecía sinceramente herida en su amor propio. Por suerte, entraron unas adolescentes y el que Gracia tuviera que atenderlas relajó la tensión. Marcel, por su parte, se esforzó en hablar de otras cosas, en contarle sus impresiones del Ateneo y el Casino. El chiste de las cuatro cés de las mujeres del pueblo, por ejemplo.

–Lo conozco –dijo Gracia–. ¿Y sabes lo que te digo? Que más de uno de los que tanto se ríen en el Casino son de los que yo llamo de las dos cés.

–¿Las dos cés? –preguntó Marcel, forzando en lo posible una actitud de genuina intriga.

–Sí: comer y cagar –dijo Gracia.

Camino del hostal, Marcel pensó que había hecho bien no diciéndole que se marchaba al día siguiente. Gracia lo iba a interpretar como que lo hacía a causa de este borrascoso último encuentro, y tal vez era preferible que así lo creyera, ya que en cualquier caso se hubiera creado una situación difícil. Tampoco iba a poder despedirse de Gloria, pues, por lo que le comentó Teresa a la hora del almuerzo, se encontraba de viaje. A Marcel le hubiera gustado agradecerle su amabilidad y felicitarla por el ambiente acogedor que había sabido crear en el hostal.

Se tendió en la cama, con la ventana abierta de par en par a la luz progresivamente rica en matices del atardecer. Haciendo balance de su estancia en Riofrío, el resultado sólo era malo en apariencia. Había tomado contacto con un lugar al que, de un modo u otro, su padre había estado estrechamente vinculado y, como si algo de eso retuviera el paisaje, su propia experiencia había sido muy grata. Averiguar más a partir del único dato del que disponía, un nombre –Dr. Santiago–, sin conocer ni tener la posibilidad de llegar a conocer el apellido, ni de disponer –que supiera– ni tan siquiera de una mala fotografía, era prácticamente imposible, y de ello tenía ya clara conciencia al salir de Berna.

Sabía también que había escrito un libro –*Dr. Bertrand* o *Dr. Beltrán*, su madre no estaba segura– que aparentemente jamás había sido publicado, tal vez porque ni tan siquiera había sido terminado. Sabía, eso sí, que, más que de una novela en sentido estricto, se trataba de una especie de ensayo novelado en el que, al modo de *El Banquete*, de Platón, las ideas se desarrollaban integradas en la peripecia de un relato. Aparte de eso, el único dato distintivo del que disponía era que sus amigos de Locarno le habían apodado el Rousseau por su afición a los paseos solitarios por el entorno del lago. Al menos eso, su afición al paso, ya sabía de quién la había heredado.

Sudoku

Un despertar como un amanecer, con figuras y situaciones definiéndose poco a poco, desprendiéndose de sus respectivos entornos, personajes y lugares ajustándose los unos a los otros, Richard, James, Georgina, la Cumbre, Locarno, el lago que, a juzgar por la ventana entreabierta, se hallaría a estas horas cubierto de una niebla resplandeciente, embebida de sol, que según se fuera disipando daría paso a un paisaje fantasmagórico, con algo de la Estigia de Patinir. Una vista cuya singularidad fue decisiva a la hora de alquilar aquel piso y no otro cuando lo visitó por primera vez en compañía de su propietario, un alto empleado de banca ya jubilado que se apellidaba Moro, pintoresca la persona no menos que el nombre, un nombre que aún estaba a tiempo de utilizar, de atribuírselo a uno de los participantes de la Cumbre. Añadidos y rectificaciones que iban configurando la peripecia argumental, empezando por los referidos al propio titulo, a la conveniencia –o no– de que en él figurase la palabra *cumbre*. Un titulo que bien pudiera ser *Cumbres paralelas*. Aunque a lo mejor resultaba demasiado explícito al poner un énfasis excesivo en la relación entre la cumbre supuestamente real sobre la que Richard, el protagonista, redactaba sus columnas, y la Cumbre de *superhombres* que constituía el meollo de la novela por él ideada. Preferible no obstante a *Cumbres de Locarno*, derivación facilona de *Locarno: actualización de los principios inmutables*, el título sobre el que venía trabajando desde el principio. Es decir, redactando, rectificando, añadiendo, nunca hasta el presente suprimiendo. Modificaciones en apariencia menores, pero que podrían acabar cobrando gran importancia por su repercusión en las sugerencias soterradas del relato. Complementar, por ejemplo, la huelga de controladores que coincide con el comienzo de la Cumbre –inspirada en una huelga real de los controladores franceses– con un cierre masivo de aeropuertos a causa de la inmensa nube de cenizas provocada por la entrada en erupción de un volcán, el Etna, pongamos por caso. Una amenaza que, como la propia ceniza, ensombrece las últimas sesiones de una Cumbre socavada ya por ciertos rumores –todavía no recogidos por la prensa– relativos a una fiesta celebrada en determinada *suite* a la que habrían sido invitadas unas cuantas prostitutas. Pero lo que constituía la verdadera noticia se refería a las palabras que Mr. Boss –Mr. Boss o cualquier otro–, indudablemente afectado por el alcohol, dirigió al conserje, cuando éste, ante las protestas de varios huéspedes molestos por el jolgorio, llamó discretamente a la puerta de dicha *suite*, ya que nadie había respondido a sus repetidas llamadas telefónicas. ¿Cabe mayor ofensa a la libertad que la de negar a una mujer el derecho a disponer de su propio cuerpo con fines lucrativos?, había

exclamado. Frente a todo eso, el encuentro pendiente de Richard, James y Georgina, una relación que los tres personajes entendían como un triunfo de la vida sobre tanta alienación en torno a la riqueza, un ejercicio de libertad al que los tres se entregaban con la seguridad de que incluso en el caso de que Georgina quedase embarazada –como parecía desear–, todo seguiría igual, sin mayores consecuencias para nadie. Escenas que parecían flotar sobre su cabeza mientras de vez en cuando se revolvía en el lecho, entreabiertos ya los ojos hacia la ventana entreabierta, hacia el trazo de sol que se proyectaba oblicuo en el suelo.

El anonimato

¿Sería tan certera la visión del mundo que se hacía el agateador, aquel pequeño pájaro que trepaba tronco arriba trazando círculos en espiral, picoteando la corteza, pillando insectos o quién sabe qué, atento a todo a la vez que a su tarea, que la visión que a estas alturas de su vida pudiese hacerse ella? Y quien dice el agateador dice los pequeños seres que picoteaban en tanto no les llegó la hora, o el milano que se cernía en círculos allá arriba, tal vez a la espera de que ella abandonara la terraza y así poder abatirse como un rayo sobre el pequeño pájaro.

¿Se estaría volviendo loca?, se preguntó Gloria. En su vida le había ocurrido lo de aquella mañana, verse literalmente arrollada por una avalancha de pensamientos inconexos y desordenados, pero en modo alguno faltos de lucidez, como revueltos en el girar de una resplandeciente ola de pánico, tal vez de angustia, que no sabría decir si coincidía con lo que se entiende por arrebato de locura. Tampoco estaba segura, por más que lo intuyera, de la causa, del factor desencadenante: no tanto la muerte del Resio, el dueño del súper –por el hecho de que la hiciese desistir de llegarse al pueblo, de hacer las compras habituales– cuanto por la lectura del texto que la casualidad había querido que sacase aquella mañana de la carpeta de escritos de su padre. Un texto, en el fondo, no tan distinto a los restantes situados en Locarno, a esos misteriosos diálogos entre el Dr. Bertrand y ese cauteloso paseante –y presunto paciente– apodado el Rousseau, pero singularizado por algún rasgo hiriente por lo preciso, perturbador por lo inesperado. Era probable, además, que hubiera tomado demasiadas tazas de té, algo que no debía hacer y que no hubiera hecho de no haber perdido la noción de lo que estaba haciendo. Ahora se sentía de nuevo más lúcida, y eso la decidió a leer de nuevo el texto en cuestión para impedir que siguiese abatiéndose sobre ella como una sentencia irrevocable.

«Hablar con Vd., Dr. Bertrand, es como hablar conmigo mismo, sólo que las palabras que le dirijo vuelven a mí esclarecidas, libres de la incertidumbre que pudiera yo abrigar al emitirlas, como un plácido peloteo de frontón. Las consideraciones que le expuse acerca de lo que es Locarno frente a las distracciones que se empeña en encontrar el turista, el visitante de paso, por ejemplo, me han ayudado a precisar la naturaleza del sosiego que en mí produce el lago en torno al cual se organiza el paisaje que nos rodea y la vida de quienes lo habitamos. Hoy ha muerto la dueña de la tienda donde compro el tabaco, una persona encantadora, además de muy entendida en habanos, pese a que no había fumado en su vida. Mañana será el funeral, al que asistirá mucha gente por la

simpatía que despertaba en todo el mundo. Y las cosas seguirán igual que antes: la tienda, los clientes, los comercios vecinos, la animación callejera. Y es que ésa es la realidad en la que se desarrolla nuestra vida: un mecanismo que funciona con independencia de las bajas que se van produciendo intermitentemente. Lo curioso es que se habla del *corredor de la muerte* como de algo terrible que hoy aguarda a unos pocos condenados a la última pena como años atrás a los presos concentrados en Auschwitz, pasando así por alto el hecho de que todos nos encontramos en ese corredor a la espera de que nos toque el turno. Cuesta aceptar que la historia de la humanidad sea en realidad un cuento de terror. De ahí que deteste las fantasías que guían al turista, su necesidad de viajar en busca de distracciones que le hagan olvidar la realidad de su propio entorno. Cuando a mí lo que me da sosiego es precisamente la serenidad de ese entorno, indiferente a lo efímero; la certeza de que el lago seguirá reflejando el futuro con la misma nitidez que en el pasado, un lago que ya forma parte de mi vida, o mejor, del que, a estas alturas, yo he llegado a formar parte.

»¿Se le habría contagiado a mi interlocutor, habitual–mente taciturno, la alegría de la mañana, de aquella brisa ligera, las risueñas crestas de espuma que ribeteaban el casco de los yates anclados, el aire resplandeciente? Estuve a punto de exponerle lo que a mí me sugería el lago, aquel lago que se extendía ante nuestros ojos: conjeturas que no tenían por qué deprimirle, pero que ajenas hasta tal punto a su estado de ánimo, tal vez le sumieran en la confusión, disipando toda esa serenidad que parecía embargarle. Así pues, querida, preferí callarme y dejar que la brisa le ayudase a fumar el cigarrillo que parecía haber olvidado entre sus dedos.

»No le expuse, por ejemplo, la idea que había venido a mi cabeza al contemplar esa estampa casi playera que ofrecía el lago esa mañana, el carácter metafórico de lo que estaba viendo, las imágenes y más imágenes susceptibles de hallarse contenidas las unas dentro de las otras a modo de muñecas rusas. Considerar, por ejemplo, no la vista hermosísima, sino las burbujas de espuma que rizaban la superficie del lago, una cualquiera de esas burbujas. Burbujas que yo percibía –cada una de ellas– como réplica infinitamente pequeña de un universo en expansión similar al nuestro. Burbujas perdidas entre un número infinito de burbujas de un extremo a otro del lago, aguas que discurren hacia los mares, mares que se abren a los océanos, infinitamente infinito el número de burbujas, por hacer más expresiva la redundancia, metáfora tan perfectamente ilustrativa como indemostrable de lo que a mi entender es el mundo, universo de universos, infinito en el tiempo, ilimitado en el espacio. San Agustín, en su parábola del niño que juega con la arena de la playa, trata de expresar algo semejante referido a la idea de la eternidad, al carácter eterno del Creador. Sólo que no es más sencillo demostrar la existencia de un Creador increado que la de un mundo igualmente increado, ilimitado e infinito.

»Sí, me callé. No dije ni palabra de todo ello. Y creo que hice bien.

»El problema reside en cómo entender aquello de *el hombre es la medida de todas las cosas*. ¿Cómo una realidad concebida a escala humana o más bien como los intentos del ser humano de proyectar esa escala sobre una realidad que le sobrepasa?»

Gloria guardó la carpeta, no muy segura de que tanto la relectura del texto en cuestión como intentar ahora esclarecer el origen de esa opresión interna y de ese cúmulo de recuerdos, ideas y sensaciones precipitándose que la habían poseído, no acabaran siendo contraproducentes. Pero necesitaba intentarlo, poner en orden no ya sus ideas, sino su estado de ánimo. Más que en las palabras del Dr. Bertrand o de su interlocutor, el factor que había desencadenado en ella todo aquel proceso bien pudiera residir en un mero detalle, marginal respecto al contenido de lo expuesto. La referencia a la muerte de la estanquera precisamente el día en que había muerto el dueño del súper, el Resio, por ejemplo. O la palabra *querida* mencionada por el Dr. Bertrand por primera y única vez en sus textos, dirigida a una mujer que, al no revelarse su identidad, tal vez Gloria había identificado consigo misma, con lo que el texto entero adquiría el valor de un mensaje.

Sí, se dijo: por ahí iban los tiros. Y buena prueba de ello era que de nuevo veía crecer en su interior aquella acumulación de pensamientos y determinaciones que antes la habían hecho sentirse como arrollada, y no por su carácter confuso sino, muy al contrario, por su lucidez, cristalización, por así decir, de decisiones largamente gestadas, pero, por uno u otro motivo, nunca debidamente formuladas. Dar carpetazo a la decisión de emprender una nueva vida que la poseía cuando puso en marcha el hostal. Es decir: dejarlo en manos de Teresa y abandonar Riofrío y todos los hábitos allí adquiridos. Volver a la ciudad, a su piso de antes, procurando que nadie se enterase, sin decírselo a nadie. Olvidarse de la idea de escribir una novela, de la servidumbre que eso hubiera supuesto. Sustituir las relaciones personales por las virtuales, abrirse al mundo a través de internet y, en ese ámbito, reinventarse. Vivir sola y sin implicarse en nada, con el anonimato como regla de conducta.

El Dr. Bertrand, fuera quien fuese en realidad, podía tener razón. Allá él si sus teorías le hacían feliz. A ella le tenían sin cuidado. Lo mismo que la identificación con el entorno de ese paseante solitario al que llamaban el Rousseau. Ahora bien: tuvieran o no razón cada uno de ellos, lo que ella necesitaba era exactamente lo contrario: liberarse, escapar de todos esos ciclos o círculos que se cerraban en torno a su vida como brotes de glicina o madreselva descontrolada.

De nuevo le asaltó la impresión de escozor en la punta de la lengua que había experimentado un rato antes, similar a la de un clítoris estimulado, sólo que en modo alguno placentero. Algo así como el remate de ese cúmulo de ideas y sensaciones que sentía crecer dentro de sí como un rubor ardoroso, estímulos rápidos y simultáneos que parecían arrastrarla, llevársela consigo como una impetuosa corriente de agua, tal vez lo que llamaban delirio, rapto de locura, arrebato de pánico, lo que fuera, un asalto que, al ser asumido, se transformaba en energía, en fuerza, la necesaria para escapar a manotazos de ese engañoso ciclo de las estaciones que regía la vida de año en año, con ese invierno que comienza en el solsticio de verano, con sus días ya cada vez más cortos y las desolaciones de agosto y las lluvias de septiembre y la hipócrita belleza de octubre, hasta que noviembre y sus oscuridades anticipen ya los yertos paisajes del invierno. Sumiso todo ello a las fases lunares y a la rotación de los astros, no menos la vida del planeta que la de cada uno de sus habitantes, desde sus primeros pasos hasta los últimos,

desde el primer beso con lengua hasta el sosiego de un ojete húmedo y dilatado, así, así, más fuerte, decía ella, o tal vez Sebastián o Esteban, a fondo, méate ahora en mi boca, sabores y texturas inconfundibles, distintos los de Sebastián a los de Esteban, y, sin embargo, ya simultáneos, integrados uno y otro en un solo pasado, de forma similar a como ella había transformado en hostal la que fue villa de verano de sus padres y antes de sus abuelos, bueno, de quienes al parecer eran sus padres, así como los posibles padres de un incierto número de hermanos o hermanastros a los que nunca llegaría a conocer ni a saber si realmente llegó a tenerlos, en la práctica como si hubieran muerto, muertos como sus padres, como sus abuelos, de los que ella no guardaba el menor recuerdo, con todo y ser, en definitiva, quienes compraron para sí tanto el piso en el que había transcurrido su infancia como la villa de Riofrío para disfrutar del verano, sin imaginar ni remotamente lo que iba a ser de todo ello en manos de su única descendiente, aquella niña que bautizaron con el nombre de Gloria; de la necesidad que esa descendiente iba a experimentar en un momento dado de desprenderse de todo, de alejarse, de sentirse a salvo –loca o no– en su propio apartamento, y allí, olvidar ese hervor de sucesos, protegida por el mejor de los privilegios: el anonimato. Y, si estaba loca, ya se las arreglaría para disimularlo en lo posible. A lo mejor hasta era divertido.

La doncella

Tanto como el reloj, el paisaje que se divisaba desde la ventanilla le decía que antes de una hora estarían en Berna. Y faltaba ya poco para que el tren alcanzase el caserío cuya esencial inmutabilidad –la vivienda de carácter tradicional, las dependencias agrícolas y ganaderas– Marcel venía apreciando desde niño. Con el paso de los años, algunos de sus personajes iban desapareciendo mientras irrumpían otros, fundamentalmente críos que poco a poco iban dejando de serlo. Como escenario rural era, en realidad, mucho más genuino que el de Riofrío, más acorde con la idea que uno se hace de lo que es el campo. Eso sí: también más sombrío, no ya cuando la niebla lo aislaba, se diría, del resto del mundo, sino también de forma habitual, siempre como sometido a ese toque desolado propio de las pinturas de Friedrich. Sería por la de años que llevaba contemplándolo desde la ventanilla, pero Marcel tenía la impresión de haber leído en alguna parte la descripción exacta de aquel lugar, próximo al oscuro curso del río; en una novela, probablemente.

Hora y media de vuelo, los corredores y más corredores del aeropuerto de Ginebra, la estación, el tren con destino a Berna: en el curso de una mañana, Marcel había cambiado no ya de lugar, sino de actividad mental. Riofrío se perdía en el pasado, distante, se diría, no tanto en el espacio cuanto en el tiempo. Y aquel trayecto en tren le situaba de golpe en la realidad presente, en lo que, de un modo general, podía identificarse con lo que Marcel consideraba su vida: el apartamento, la oficina, la actividad diaria, sus paseos al salir del trabajo. Una rutina a la que le resultaba estimulante reintegrarse. Y dejar de buscar lo que no iba a poder encontrar, de preocuparse por esclarecer un misterio sin contar con los datos necesarios para conseguirlo. Berna era una ciudad que le gustaba desde que llegó de la mano de su madre y la vida que en ella llevaba, su vida cotidiana, era de lo más confortable. Y esto era lo importante.

Tales conclusiones, sin embargo, no suponían un obstáculo para que el recuerdo de los días pasados en Riofrío, de golpe tan lejano, fuese realmente grato. El hostal, los amigos que había hecho en el pueblo, el paisaje. La imagen de Gloria al cuidado del hostal le remitía directamente a la figura de su madre, cuando se ocupaba del hotel de Berna. En cuanto a Gracia, veía en ella a una mujer que, situada en un lugar donde su personalidad pudiera adquirir una mayor proyección, hubiera sido alguien importante en un terreno u otro. Y si el pueblo propiamente dicho conservaba todo su carácter, el entorno paisajístico, el valle que se extendía a sus pies, los bosques, los prados, las ruinas del pasado, los despeñaderos, poseían un componente adictivo al que resultaba imposible ser

indiferente. Un paisaje que ahora, al ser evocado, se le ofrecía como un todo, conforme a una estricta composición a modo de un diorama, o mejor, de un tapiz flamenco, la terraza del hostal a modo de centro a partir del cual se desplegaba el resto en todas direcciones, Peñas Altas en la cima y valles y hondonadas y perfiles del pueblo y altivas ruinas y bosques y prados y cultivos y arroyos, como desplegados en derredor, visible todo a la vez en su conjunto, en la distancia, y en detalle, según se iba uno aproximando al fragmento elegido, las hojas que conformaban la fronda, los insectos que la poblaban, el mirlo que los picoteaba en breves y rápidas carreras, entre estridentes trinos, el cuerpo de Gracia integrado en el tronco del viejo castaño, un cuerpo desnudo como el de la mártir legendaria de una pintura religiosa o, por el contrario, acaso el de una condenada a los infiernos, permanentemente sometida a perversos y atroces suplicios por un diablo rojo en modo alguno insensible a sus encantos.

La luz, ese oro en suspensión que al atardecer embebía las tonalidades del paisaje, le hizo recordar de pronto el sueño que había tenido aquella noche, la última pasada en Riofrío. Se encontraba en un piso a la antigua, amplio y recargado, más bien oscuro, y desde una ventana contemplaba el exterior, calles como las del centro de Berna con un parque al fondo, las copas de los árboles –hayas, probablemente– iluminadas por el sol del atardecer. Marcel se disponía a salir, a dar un paseo cuando fue interpelado por la doncella, una doncella como de película, con cofia y delantal blanco sobre fondo negro. ¿Se va Vd., señor?, le dijo como en una respetuosa llamada de atención. Los críos están a punto de llegar, añadió. Y Marcel se despertó aún sorprendido de haberlo olvidado, de no haberlo tenido en cuenta, de haber sido pillado en falta por la doncella, para sorprenderse, acto seguido, del conjunto de lo soñado, del sueño entero, un piso que no era el suyo, una doncella a su servicio que no tenía y, sobre todo, de su amable observación acerca de los niños. Ni que alguna vez hubiera pensado en casarse, en tener hijos. En fundar una familia, como suele decirse.

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© Luis Goytisolo, 2012
© Ediciones Siruela, S. A., 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de cubierta: Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-840-8

Conversión a formato digital: El poeta (editores digitales) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla 2
EL LAGO EN LAS PUPILAS 5
I GLORIA 6
Paseantes 7
Melting point 12
Obertura 15
El Ateneo y El Casino 17
Las aguas del Herbolario 20
II RICHARD 24
Cambiar de tema 25
Normalidad 28
Carlitos 31
Titulares 35
El Alarde 37
Hacerlo todo 40
Entre lo conocido y lo soñado 42
La granja 46
Vete tú a saber por qué 48
III EL MORO 52
www 53
Tirantes rojos 56
Para todos los gustos 58
Tomarse con calma el exilio 62
Incursiones 65
IV MARCEL 69
Puntos de vista 70
Cumbres paralelas 74
Jubilación viene de júbilo 76
Mejor a solas 79
El Susto 83
Sudoku 86
El anonimato 88
La doncella 92

Créditos 94